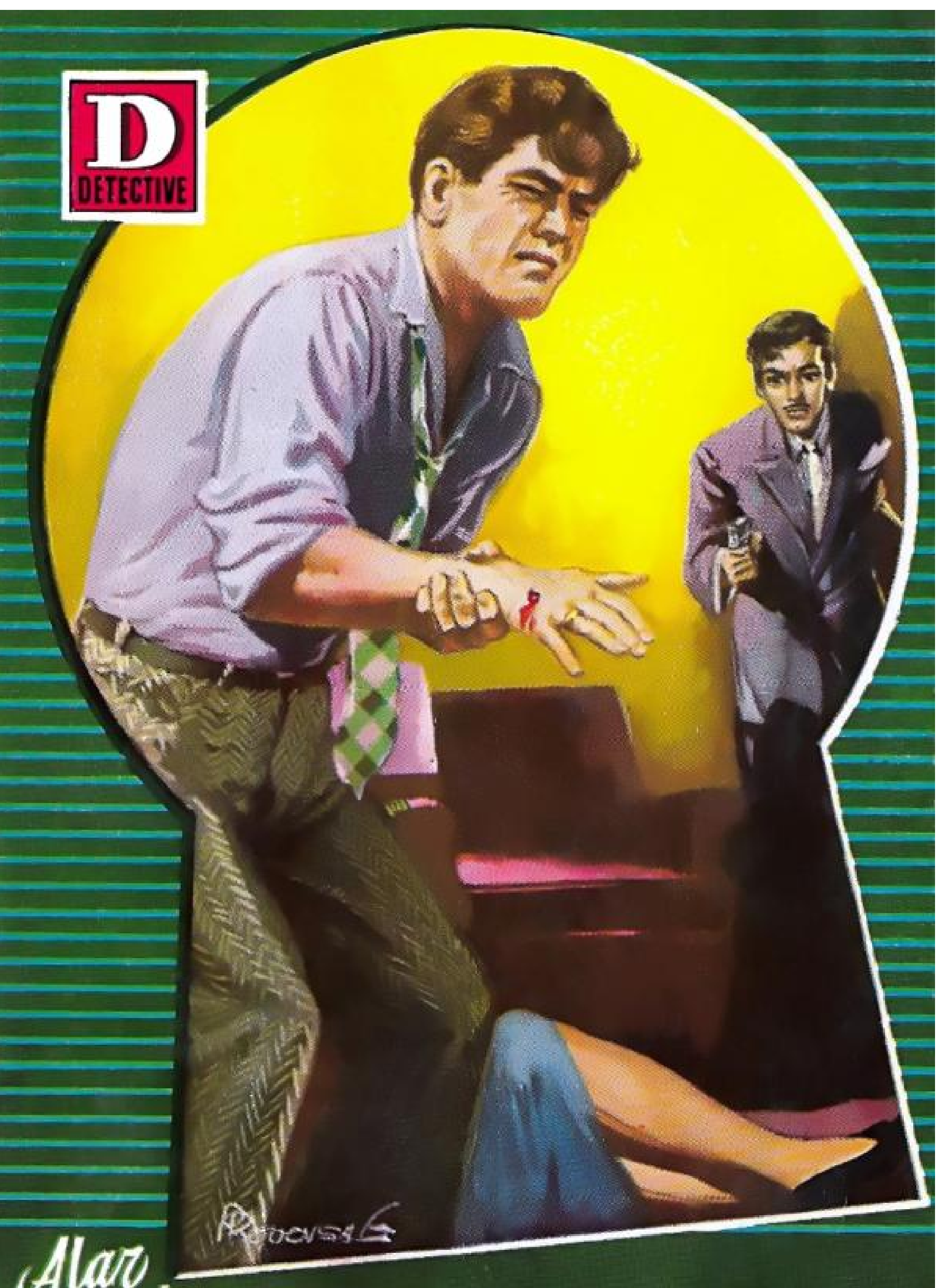


Alan Benet

SANGRE ENTRE BRUMAS

ALAR BENET

Sangre entre brumas

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

Título original:
BLOOD IN THE MIST

Versión castellana de
A. ROMÁN

Printed in Spain
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona



“Inglaterra espera cortar con ejemplares castigos la creciente oleada de delincuencia que aterroriza a la gente de bien…”

“A causa de la niebla, que ha interrumpido el tráfico de Londres, cerrando todos los puentes sobre el Támesis, los rateros han cometido numerosas fechorías…”

“Muchos enfermos mueren sin asistencia porque el médico se ve imposibilitado para trasladarse a los domicilios en que es requerido. La niebla que sufre Londres desde el 7 de diciembre de 1952 es más densa que ningún otro año…”

(De la Prensa mundial)

CAPÍTULO PRIMERO

El silencio de la noche fue turbado por un grito de terror. Después reinó el silencio, un silencio pegajoso, denso como la niebla que envolvía la gran ciudad.

Un hombre que caminaba rápidamente por Piccadilly Circus, con las manos hundidas en los amplios bolsillos de su gabardina, se detuvo. Acababa de leer en el «The Times», una información del ministro de Salud, Mr. Mac Leod en la que se pedía a todos los londinenses que colaboraran con las autoridades a fin de evitar que aumentaran las muertes producidas por accidentes y enfermedades de toda índole, agravadas por la niebla, que iba adquiriendo un dramatismo superior al de muchas inundaciones y catástrofes recogidas por la Prensa en grandes titulares.

De las cuatro mil ochocientas defunciones acaecidas en la semana del 7 al 13 de diciembre de 1952, más de tres mil habían sido ocasionadas por las nubes bajas que, envolviendo entre brumas la ciudad, obligaban a las empresas del transporte de superficie a destacar ante cada uno de los autobuses un hombre a pie con una antorcha de resina ardiendo, para que el conductor del vehículo pudiese orientarse.

A las ocho de la tarde, Londres estaba casi desierto. Eran pocos los que como Harry Plummer, harto de escuchar toses en la sala de juego del «club» e incapaz de encerrarse en su domicilio, paseaba, en un vano intento de no declararse vencido por el mal humor.

Piccadilly Circus, máxima preocupación de las autoridades policiales y sanitarias, por ser punto de cita de mujeres frívolas y hombres de dudosa conducta, ofrecía el mismo aspecto que las restantes avenidas de la ciudad en las que los focos murales y las farolas semejaban diminutas luciérnagas, sin reflejar su luz en el suelo.

Harry Plummer, al oír el grito de espanto, se detuvo, mirando en derredor.

¿Una caída? ¿Un atraco?

Sintió tentaciones de alejarse, pero un jadeo entrecortado le hizo

reaccionar con nobleza. Quizá alguien le necesitara. ¿Por qué no prestarle auxilio?

Anduvo unos metros hasta la esquina formada por Leicester y Shaftsbury. De pronto vio una sombra abalanzarse a él, y, empujándole, emprender la huida. Consideró inútil ir en su persecución. ¿Para qué? Él no deseaba colaborar con las autoridades en la captura de malhechores, sino enterarse de lo que había motivado la demanda de auxilio, la exclamación de dolor o miedo.

Junto a la calzada vio un bulto inmóvil y, arrodillándose, comprobó que se trataba de una mujer. La niebla espesábase más y más. Los focos de los automóviles, a la máxima potencia, eran insuficientes para disipar la bruma.

Harry, inclinado sobre la desconocida, pensó que no debía abandonarla para pedir ayuda. Si se apartaba, era muy posible que se extraviase.

El instinto le gritó que se alejara de allí, evitando enfrentarse a los agentes del Yard, que, tal vez, le acusaran de aquel delito. La mujer tenía clavado un cuchillo en el pecho.

Desde años atrás la ficha de Plummer figuraba en los archivos de la policía británica, con la advertencia: «individuo peligroso por lo astuto.

Se incorporó para huir. Algo, hasta entonces nunca sentido, le contuvo. Jamás manchó sus manos de sangre y si abandonaba a la desconocida, cuyo pulso latía débilmente, era casi segura su muerte. ¿Iba a acobardarse porque le acusaran de un delito no cometido? Él burló a los veteranos sabuesos del Departamento de Investigación Criminal, resistiendo sus habilidosos y duros interrogatorios en casos en los que era culpable. Sonrió ante la idea.

Las vacilaciones de Plummer cesaron al vez flotar entre las nubes bajas el casco luminoso de uno de los agentes de tráfico. Parecía un gigantesco huevo de Pascua. El rostro y el cuerpo del «policeman», oculto por la bruma, producía tal impresión.

Harry quedó asombrado de la vehemencia de sus llamadas. ¿No habían muerto en su corazón los sentimientos nobles?

—¡Aquí!... ¡¡Aquí!!...

Segundos más tarde un corpulento irlandés se encaraba con Plummer.

—¿Qué sucede?

Harry, deseoso de no perder tiempo en explicaciones, que tendría que repetir luego ante el comisario del distrito, señaló el cuerpo de la mujer, diciendo:

—La encontré así. Urge que la vea un médico. Llevémosla al «Hospital Guy's». Uno de los doctores es amigo mío.

—Está interrumpido el tráfico en los puentes del Támesis. Dentro de unos segundos no se podrá circular en automóvil. Hace años que no padecíamos una niebla tan espesa. Anoche mi esposa tuvo un niño y hubo que ser auxiliada por las vecinas. El profesor en partos no acertó con mi casa.

El cerebro de Harry Plummer, acostumbrado a resolver rápidamente inesperadas situaciones, no tardó en encontrar la fórmula que solucionara el problema.

—¿Pertenece a este distrito?

—Sí.

—Entonces llevémosla al domicilio del médico más próximo. ¿Conoce alguno?

—Desde luego. Dos casas más arriba vive un especialista en...

—Lo que sea. Cualquiera es bueno —le interrumpió Plummer tomando en sus brazos a la desconocida—. Guíeme, por favor.

Harry, asombrado de la fragilidad del femenino cuerpo, siguió al «policeman» hasta penetrar en el iluminado portal de una casa. El agente de tráfico habló un instante con el portero, que les precedió.

—Han tenido suerte. El doctor William Sanderson se encuentra en su domicilio. ¿Quién la hirió?

Plummer, sin responder, consciente de la urgente necesidad de que alguien atendiera a la desconocida, subió los escalones que le separaban de la residencia del facultativo, en el piso primero.

Mientras les era franqueada la puerta, Harry leyó en una placa metálica la especialidad de William Sanderson, la menos propicia a la herida. «No obstante, se dijo, he cumplido con mi deber».

Un hombre alto, delgado, de unos cincuenta años de edad, les abrió. Al ver el cuadro dijo secamente:

—Síganme. ¡No pudieron elegir peor!

—El más cercano —repuso Plummer.

Atravesaron un amplio vestíbulo para penetrar en un despacho sobriamente amueblado. En un lateral, un diván.

—Depositen ahí a la enferma y vayan quitándole la rapa que pueda estorbarme. En el cuarto de baño tengo gasas, algodones, pinzas y alcohol. Desde que me gradué no he hecho otra cosa que investigar el subconsciente.

Entre el policía y Harry quitaron a la mujer un abrigo de paño gris, una chaqueta de punto y demás prendas interiores. El portero subió con una sábana para cubrir posibles desnudeces. Al entrar el doctor, portando varios paquetes, dijo:

—¿Me necesita, señor Sanderson? No quiero dejar el portal sin vigilancia. La niebla es la mejor aliada de los rateros.

—¡Vaya a lo suyo! Estos señores me ayudarán.

Plummer, que durante la guerra estuvo adscrito a un hospital de sangre, se puso a las órdenes del médico y, media hora después, mientras se lavaba las manos en un recipiente traído de la cocina por el «policeman», inquirió:

—¿Cuál es su diagnóstico, doctor?

—Gravísimo. El cuchillo le atravesó el pulmón derecho. Vaya a la farmacia por estos inyectables. Hemos de impedir una hemorragia que terminaría con su vida. ¿Qué mira usted?

El miembro de la Metropolitana, que examinaba las manos de la mujer, repuso:

—Tiene señales en las muñecas. Alguien ha intentado arrebatarle el bolso, sin conseguirlo. Yo iré por esas medicinas. He de comunicar con mi departamento y pedir una ambulancia.

William Sanderson, con su característica brusquedad, respondió al policía:

—En cuanto a lo primero es libre de hacer lo que se le antoje. Sin embargo, deseo sepa que no permitiré que nadie mueva a la paciente. Su vida depende de ello. No me compliquen la vida con visitas del Yard.

El irlandés fue a contestar, pero se contuvo. Ya harían ver sus superiores al médico la obligación de cooperar a la captura del agresor.

Solos en la consulta del psiquiatra, Sanderson y Plummer se miraron.

—Creo mi deber presentarme. He invadido su domicilio. Yo sé su nombre y usted ignora el mío. El Destino nos ha unido para salvar, quizá, una vida joven. Veo que no es amigo de perder el

tiempo. Yo tampoco. Las circunstancias mandan. Me llamo Harry Plummer.

Tendió su mano al facultativo, que la estrechó sin demasiado entusiasmo.

—Disculpe mi brusquedad. He de dar un ciclo de conferencias sobre mi profesión dentro de una semana y estaba comenzando a prepararlas. No me sobra tiempo. Mis clientes son numerosos e insoportables. Sus pequeños problemas neuróticos no son nada comparados a los de un hombre que ha de enfrentarse a los más, eminentes especialistas intentando enseñarles algo.

Chispeaban, irónicos, los ojos de William Sanderson cuyo nerviosismo y delgadez hizo recordar a Harry la popular creencia de que todos los psiquiatras acaban contagiándose de las manías de sus enfermos. Dijo:

—Por lo que a mí respecta procuraré no ocasionarle demasiadas molestias. ¿Le parece que averigüemos la identidad de la joven?

—Al menos pasará más rápido el tiempo. Veamos. Le ayudaré. No le será fácil abrir esos dedos.

Los dos hombres forcejearon con cuidado hasta conseguir apoderarse del bolso de piel, en cuyo interior había una agenda de notas, un paquete de cigarrillos americanos «Pall-Mall», un encendedor de nácar y un monedero conteniendo cuatro libras, cinco chelines y seis peniques.

Abrió la agenda, en una de cuyas páginas constaba una filiación completa, que leyó en alta voz:

—Nombre, Dorothy Toombs, edad veintinueve años, soltera, profesión escritora, domicilio Theobalds Road, 10, segundo derecha, sin teléfono ni lugar de trabajo. No me creerá si le digo que no me he molestado en mirarle el rostro. Si es una escritora me la imagino solterona impenitente, con cara de mal humor.

—Pues se equivoca. Es una joven muy bella.

Harry la examinó con detenimiento. Los cerrados ojos permitían admirar unas largas y negras pestañas. La nariz recta y la boca proporcionada, sin carmín completaban el agradable conjunto.

—Comparto su criterio. ¿Por qué habrán intentado asesinarla?

—Según el policía, el móvil es el robo.

—Los rateros londinenses no se arriesgan a tanto. A lo sumo dan un golpe a la víctima con una porra de arena o de goma. Piensan en

la diferencia existente entre una condena por robo a otra por asesinato, aunque sea frustrado. Tal vez, doctor, nos hallamos ante una tragedia sentimental.

El médico que, pensativo, contemplaba a la muchacha, opuso:

—Ahora soy yo quien niega. Los criminales pasionales son fruto de desequilibrados mentales. Los autores acostumbran a quedarse junto a los cadáveres o se entregan a las autoridades. Por regla general tales locuras son pasajeras y a ellas suceden los arrepentimientos. Voy a prepararlo todo para una inyección. Ahí entra el «policeman».

El agente de tráfico depositó en la mesa de despacho dos cajas envueltas en papel celofán, diciendo:

—Se ha suspendido por completo la circulación. ¿Y el médico?

—Ahora vendrá. ¿Telefoneó al distrito?

—Sí. Me han encargado que no me mueva de aquí hasta que no llegue el inspector Dixon.

—¡El viejo Alexander! —comentó, con una sonrisa, Plummer.

—¿Le conoce?

—Mucho. Somos antiguos amigos.

William Sanderson entró portando un estuche metálico del que, con unas pinzas, extrajo lo necesario para aplicar una inyección a Dorothy Toombs. Después los tres hombres se acomodaron y Harry ofreció cigarrillos. En varias ocasiones había sentido tentaciones de marcharse, sobre todo al conocer el nombre del inspector encargado del caso. No lo hizo. La mejor prueba de su inocencia era afrontar el interrogatorio.

Transcurrió el tiempo. El psiquiatra leía un grueso libro de texto, haciendo en él anotaciones, el agente de tráfico cabeceaba en una silla y Plummer abstraíase en el problema que le obsesionaba desde que supo la llegada a Inglaterra de la piedra preciosa, según los técnicos, mayor del mundo, valorada en ciento cincuenta mil libras esterlinas y vendida por la «Sierra Leona Election Trust» a la «Corporación de Diamantes». Las operaciones lleváronse a efecto con grandes reservas, pero no con tantas que no se supiesen los principales detalles. ¿Cómo apoderarse de ella?

Consultó su reloj de pulsera. El de la Metropolitana, de unos veintiocho años, roncaba estrepitosamente El médico se incorporó para despertarle.

—Déjele que duerma. Anoche su señora tuvo un niño y no consiguió un doctor a causa de la niebla Me lo dijo mientras transportábamos a la mujer. ¿Le impide estudiar?

—Sí. Me retiraré a mi cuarto.

—No es preciso. Alguien sube. ¿Oye? Se han detenido ante la puerta.

Sonó el timbre y el psiquiatra se incorporó para abrir.

—Haremos lo posible por convencer a los que vienen de que no nos molesten con exceso.

—Dudo de que lo consiga, doctor. ¿Habló con un perro dogo alguna vez?

William Sanderson, con una sonrisita, se detuvo a la entrada del pasillo. Su rostro grave adquirió una expresión bondadosa.

—No. ¿Por qué lo dice?

—Lo sabrá cuando tenga ante usted al inspector Alexander Dixon, dos veces comisario y otras tantas degradado por insubordinación. Es todo un carácter.

Salió el doctor y Harry, poniéndose en pie, se dispuso a enfrentarse con el hombre que en varias ocasiones le había prometido la cárcel.

El miembro de Scotland Yard era un individuo de unos cincuenta años, de estatura media y complexión atlética. Sus ojos, pequeños y redondos, tenían el especial don de calar en las intenciones de aquellos en quienes se posaban, sin un parpadeo, con frialdad y dureza. Las manos peludas le daban el aspecto del hombre primitivo.

Al ver a Plummer se detuvo con asombro, mientras su rostro ancho esbozaba una sonrisa.

—Hola, inspector. Eran tan grandes mis deseos de verle que he apuñalado a una joven bellísima, llamando a un guardia para que me detenga.

—No es hora de ironías. ¿Qué hace el «policeman»?

—Descansar —repuso Harry—. Ustedes, los solteros, ignoran lo que desvela una visita nocturna de la cigüeña. Le despertaré, no se inquiete. ¡Ah! Tengo el gusto de presentarle al doctor William Sanderson, especialista en enfermedades mentales. ¿Aplicará a mi amigo una tarifa reducida?

Alexander Dixon fulminó con la mirada a Plummer que, muy

tranquilo, agitó de uno de los hombros al irlandés. El «policeman» al ver ante él al miembro del Yard, cuadrándose, intentó justificarse:

—No sé cómo pudo ocurrirme, señor. Anoche...

—Su esposa tuvo un niño; ya lo sé —dijo mordazmente Dixon—. Informe. No dispongo de mucho tiempo.

Se acomodó en una silla, en virtud del gran abuso de la pequeña autoridad. El psiquiatra, enojado por la falta de cortesía de su visitante, acercóse a él. Sus palabras restallaron cómo trallazos:

—Óigame con atención. Este no es su despacho ni soy uno de los que, por disciplina, tienen que soportar sus brusquedades. Sé que la ley me impide echarle, como sería mi deseo, pero no ignoro que usted ha de permanecer en pie hasta que le invite a lo contrario. Socialmente me considero superior y no le toleraré la menor indelicadeza.

Alexander Dixon, rojo de ira, incorporándose, dijo:

—¡Se arrepentirá de sus palabras!

—De lo único que me arrepentiré es de haberle conocido. Interrumpieron mis estudios para traerme una mujer moribunda. La he curado. Mi conciencia profesional me impide permitir que muera al ser conducida a un hospital. Complico mi vida en bien del prójimo y no permito impertinencias de nadie. Ya me previnieron contra usted.

—¿Plummer? Y contra él, ¿quién le previno? Es un...

Calló, no atreviéndose a decir lo que pugnaba por brotar a sus labios. Harry, sarcástico, le animó.

—Continúe. Desde hace años espero la oportunidad de procesarle por difamación. ¿Me va a dar hoy ese gusto?

El inspector, convencido de que pisaba un resbaladizo terreno, encaróse con el agente de tráfico.

—Le escucho.

Poco era lo que el irlandés temía que decirle. Una vez que hubo terminado, Dixon pidió a Plummer:

—Ahora le corresponde a usted.

El relato de Harry fue también breve. Al terminarlo reinó el silencio. El del Yard volvióse al médico:

—¿Tuvo cuidado en no borrar las huellas del cuchillo?

—Ninguno y no a propio intento. Vi una vida joven cuya vida se

escapaba y no me acordé más que de salvarla. Este es el puñal.

Mostró el arma, que había dejado en la mesa de despacho sobre unas gasas. El inspector, sin tocarla, la examinó cuidadosamente. En el mango había unas letras.

—«W. S».. ¡Extraña coincidencia! Son sus iniciales, doctor.

Sonó el timbre, impidiéndole responder al psiquiatra. Se dispuso a salir, pero el del Yard le contuvo:

—Espere. ¿Vive sin criados?

—Sí. Una mujer, la esposa del portero, realiza a diario la limpieza. Me hago servir la comida de un restaurante próximo. Me gustan mucho los «spaghettis» y la tortilla a la española. Nunca tomo vinos y prefiero el café al té. La servidumbre me enoja. ¿Imagina por qué? Por la misma razón que estoy deseando perderle a usted de vista: No soporto la presencia de extraños ni sus... irregularidades en materia de educación.

Alexander Dixon no pudo replicar pues el facultativo abandonó la estancia. El semblante de Plummer denotaba tal regocijo que el del Yard, irritado, le amenazó:

—Yo de usted no me reiría...

—¿Piensa declararme autor de este suceso? Le conozco lo suficiente para saberle incapaz de hacer nada contra la ley por mucho que aborrezca a un hombre. Si antes de ingresar en el Departamento de Investigación Criminal le hubieran dado unas lecciones de urbanidad, ahora sería superintendente y no un simple inspector.

Pronunció las dos últimas palabras con tan marcada sorna, que Dixon hundió sus uñas en las palmas de las manos para no arrojarse sobre Harry y hacerle objeto de su cólera. El agente de tráfico estaba asombrado de que alguien se atreviera a enfrentarse con Alexander. Él le temía, como todos los del cuerpo. El regreso del médico, acompañado de un joven de rostro agradable, disipó en parte la tensión.

—Es mi ayudante, Irving Reid. Estos señores son el doctor William Sanderson y Harry Plummer. Le conviene examinar su ficha.

—Ya lo hice. O inocente o demasiado listo.

El inspector «júnior» de Scotland Yard, recién salido de la Academia, estrechó la mano de los que su jefe le había presentado.

Era un muchacho cordial, que captó las simpatías de Sanderson y Plummer. En su mano llevaba una cartera de la que sacó los útiles necesarios para revelar huellas dactilares, lo que hizo con eficacia actuando en el bolso y el puñal, sacó unas cartulinas y un tampón.

—Siento molestarles —dijo, volviéndose a Harry y a William—. La Ley ordena que se hagan una serie de investigaciones en torno a cualquier hecho delictivo. ¿Quieren tener la bondad?

—¿Las mías también? —inquirió Plummer, burlón.

—Sí. Me evitará ir a Jefatura. Gracias Son ustedes muy amables. Vea, inspector. El puñal tiene como únicas huellas las del doctor Sanderson y en el bolso figuran las de él, las del señor Plummer y otras que supongo serán las de la joven herida.

Alexander Dixon miró lo que su ayudante le mostraba.

—Sí… es cierto. Dispóngase a tomar taquigráficamente mi interrogatorio. ¿Qué hacía por Piccadilly Circus en tarde tan desapacible, Harry?

—Pasear.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco?

—Antes dijo que había apuñalado a la muchacha por el gusto de verme. ¿Se atreve a repetirlo?

—Nadie me iba a creer.

El inspector mordióse los labios.

—¿Está seguro?

—Pruebe a mirarse a un espejo, si la luna resiste.

Irving Reid no supo contener una sonrisa. Su jefe le dirigió una mirada feroz.

—¿Le hacen gracia las ingeniosidades de un sospechoso?

—En absoluto, señor.

—Bien. Continúo. ¿Hay algún testigo que demuestre ser cierto lo que usted dice?

—Ninguno. El «policeman», como es costumbre, llegó tarde. Alguien, supongo que el agresor, me empujó con violencia, apartándome de su camino.

Las preguntas de Alexander, respondidas con jovialidad por Plummer, no arrojaron nada nuevo. Con más precauciones el de Yard interrogó a Sanderson sin feliz resultado.

—¿Insiste en que es la primera vez que ha visto ese cuchillo?

—Sí. La solución tal enigma se la dará Dorothy Toombs. Mientras ella recobra el sentido deben dejarme trabajar. Podrán encontrarme en casa siempre que me necesiten. Estoy preparando unas conferencias y... ¡Parece que se recobra!

Se arrodilló a la cabecera de la muchacha, tomándole el pulso. Todos le miraban atentamente.

—De no sobrevenir una hemorragia, creo que se salvará. A usted le debe la vida, Harry. Si hubiese tardado en auxiliarla...

La frase incompleta no dejaba lugar a dudas. Dorothy, con los ojos cerrados, movió la cabeza humedeciendo sus labios con la lengua.

—Tiene sed —dijo Irving Reid.

—No es conveniente que tome agua. Le prepararé un zumo de naranja. Ya se recobra.

Dorothy entreabrió los párpados para cerrarlos de nuevo Después volvió a intentarlo con mayor éxito.

Durante unos segundos miró en torno suyo, cual si despertara de un sueño. Al posar sus ojos en el semblante del médico, que la sonreía cariñoso, su faz se contrajo en un gesto de terror y de su boca surgió un alarido de espanto, idéntico al que Plummer oyó en Piccadilly Circus:

—¡Es él!... ¡Me matará igual que a mi padre!...

El psiquiatra, afectuoso, tomó las manos de la joven, cuyo pecho se alzaba al compás de una agitada respiración.

—¡Cálmese, señorita. Nada le ocurrirá. Está entre amigos.

—¡No! —gritó—. ¡Usted es el asesino! ¡Socorro! ¡No se me olvidará su rostro!

—Padece una pesadilla, Dorothy —insistió el médico—. Serénese. Puede empeorar.

La muchacha, temblando de pavor, se encogió en el diván. Sus pupilas se posaron en los demás hombres.

—¡Sálvenme! ¡Él mató a mi padre y quiere matarme a mí también!

El psiquiatra fue a hablar. Alexander Dixon se lo impidió.

—¡Calle! —inclinóse sobre Dorothy, apartando al doctor—. Su acusación es grave, señorita. ¿Sabe cómo se llama ese hombre?

—¡Sí! ¡Es William Sanderson! Nos amenazó de muerte hace un mes. Él ha sido nuestro verdugo. ¡Llévensele de aquí! ¡Me matará...

me matará!

Agotada por la pérdida de sangre y la crisis nerviosa, Dorothy Toombs rompió a sollozar. Plummer y Reid se miraron. El médico, sin desconcertarse por lo imprevisto del suceso, les ofreció cigarrillos. El ayudante del inspector vaciló si aceptarlo o no.

—No tenga inconveniente en tomar lo que le ofrezco. Jamás he visto a esa joven.

Fumaron en silencio mientras el inspector de Scotland Yard vigilaba atentamente la respiración de la muchacha.

—Se ha desmayado —dijo, incorporándose. Como Sanderson tomara una jeringa en sus manos, le preguntó—: ¿Qué va a hacer?

—Estimular su corazón con un inyectable.

—Llame al Departamento, Irving. Mejor será que lo haga uno de nuestros médicos.

—Tardará y en ese intervalo puede morir Dorothy —opuso William, pálido por vez primera—. Como doctor, tengo el deber de auxiliar a la que me acusa; como hombre necesito que viva para que resplandezca la verdad. Aparte, inspector. No soy un asesino.

Sin aguardar el asentimiento de Nixon se dispuso a inyectar a Dorothy. Harry le dijo:

—Si le sucediera algo a esa chica, le culparían de haberla matado para que no declarase.

—¡Me da lo mismo! Siempre actué de acuerdo con mi conciencia.

Con sumo cuidado pinchó en uno de los brazos de Dorothy. Luego, con el pulso entre sus dedos, permaneció casi un cuarto de hora. En ese intervalo Irving Reid había telefoneado a Jefatura, en cumplimiento de las órdenes recibidas de su jefe.

Al incorporarse el médico, el del Yard le interrogó:

—¿Sigue afirmando no conocerla ni ser suyo el cuchillo?

—Nada ha variado.

—¿Quiere hablarme de su vida?

—No.

—Tendrá que hacerlo ante el juez. ¿Cuándo salió de casa?

—Hace tres días que no abandono mi despacho.

—¿Quién puede demostrarlo?

—El portero. Acostumbro a dejarle la llave.

Alexander Dixon meditó unos segundos.

—¡Es una pobre coartada!

—No necesito coartadas. Mi integridad moral es indiscutible.

—¿No le importa enseñarme su domicilio?

El psiquiatra sintió tentaciones de negarse, pero se dijo que ello agravaría su situación.

—Venga conmigo.

El agente de tráfico quedó velando a la enferma mientras el médico. Harry y los dos miembros del Yard recorrían diversas habitaciones. Al llegar a un sobrio dormitorio de matrimonio, estilo isabelino, Sanderson explicó:

—Es mi alcoba. La heredé de mis padres.

—¿Dónde da la ventana?

—A la salida de urgencia.

El inspector Dixon abrió los cristales. Las manos, que apoyaba en el alféizar, se movieron significativamente.

—¿Acostumbra el portero a tener tendida la escalera de incendios?

Harry, Irving y el doctor comprobaron que el último tramo descansaba en el suelo, en lugar de estar recogido con cadenas entre los pisos primero y segundo.

—No lo comprendo —comentó Sanderson.

—Me parece que le ocurren demasiadas cosas incomprensibles.

El miembro de Scotland Yard saltó al exterior, ayudándose de una linterna eléctrica. En uno de los tramos metálicos halló un botón gris. Al entrar de nuevo en la habitación, preguntó a William:

—¿Es suyo?

—No. La americana que llevo puesta es negra.

—¿No le importa enseñarme su guardarropa?

El doctor abrió el armario y Alexander hurgó en él, sacando una chaqueta gris a la que faltaba uno de los botones.

—¿Qué me dice a esto?

—Nada —repuso estupefacto Sanderson—. Me agradará despertar de un momento a otro.

—No es un sueño. Temo que voy a verme obligado a detenerle acusado de intento de asesinato.

Cual si aquella palabra le hubiera sugerido una idea, Alexander Dixon dirigióse rápidamente al despacho, preguntando al agente:

—¿Hay novedades?

—Sí, señor. No cesa de repetir que han matado a su padre y el nombre del doctor.

Plummer, que desde la puerta escuchó las palabras del «policeman» experimentó una sensación de embriaguez. ¡Era tan sorprendente todo! Miró al médico, que había recobrado el aplomo.

—¿También usted me cree culpable?

Harry no respondió, atento al inspector Dixon, que examinaba la agenda de la muchacha.

—Hay mucha distancia a Theobalds Road. La niebla nos impide ir en coche. Lo haremos en el «Underground». Usted, doctor, quedará bajo la custodia del «policeman» hasta nuestro regreso. Es posible que en el domicilio de esta joven nos encontremos una trágica sorpresa. Harry, puede marcharse si lo desea.

—Prefiero ir con ustedes.

—Yo les ruego lo mismo —dijo Sanderson—. Su ayudante me vigilará. Les doy mi palabra de no escapar. ¡Para qué, si soy inocente! Quiero ver si las circunstancias siguen acusándome.

El inspector dudó unos segundos.

—Posiblemente sea mejor. Vamos.

—Espere.

William arrodillóse junto a la enferma pulsándola. Luego, tranquilo por la vida de Dorothy, se dirigió a la puerta que, con Plummer y los del Yard, no llegó a trasponer. La muchacha gritaba:

—¡Padre!... ¡Es Sanderson!... Viene a matarnos...

El psiquiatra crispó los puños en un gesto de impotencia y de ira, sintiendo a su lado a Irving Reid.

—No se preocupe —le animó el inspector «júnior»—: Nada le ocurrirá si no ha cometido el delito.

Bajaron rápidamente las escaleras para desembocar en Shaftesbury Avenue. Minutos después se hallaban ante la estación del «Underground Railways & Stations». El ferrocarril subterráneo, único transporte no obstaculizado por la niebla, estaba abarrotado de público. Alexander Dixon y su ayudante cogieron del brazo a William y a Harry penetrando en el andén.

Invirtieron escaso tiempo en el recorrido. Apeáronse en Holborn Kingway y, cruzando la avenida del mismo nombre, por Southampton Rom, alcanzaron el domicilio de la joven.

Al penetrar en el portal de la casa, una mujer les abordó:

—¿Son de la policía? No supusimos que vinieran tan pronto. He llamado hace unos minutos. Ha ocurrido algo horrible…

CAPÍTULO II

La modesta habitación, mezcla de despacho, comedor y cuarto de estar se hallaba en el más completo de los desórdenes. Sobre una vieja alfombra yacía el cuerpo de un hombre con una herida en el pecho. La sangre coagulada indicaba que el crimen se perpetró horas antes.

El primer pensamiento de los miembros del Yard y de los que con ellos iban fue manifestado en alta voz por Plummer:

—Es idéntica herida que la de Dorothy.

—Sí —confirmó el médico—. Con la única excepción de que el puñal penetró en el lado izquierdo. La muerte debió ser instantánea. Busque, inspector. Me falta uno de los botones de la gabardina desde hace una semana. Quizá lo encuentre como prueba condenatoria.

Alexander Dixon, cuyo rostro reflejaba estupor, volvióse a Sanderson sin hostilidad:

—Veo que se le está contagiando la ironía de Harry. ¿Es la primera vez que se han visto?

—No —repuso Plummer, cambiando con William una significativa mirada—. Estudiamos juntos en Oxford hace... cincuenta años. Sé que es un buen detective, pero a veces se pasa de la raya.

—Gracias por el elogio. ¿Quiere echar a los curiosos, Irving? Que se quede únicamente quien descubrió el hecho.

—Sí, señor.

El inspector «júnior», conocedor del pésimo carácter de su jefe, apresuróse a obedecer. Los vecinos que, espantados, contemplaban el trágico cuadro, retiráronse al rellano de la escalera. Reid acercóse a la mujer que en el portal de la casa les abordó para preguntarles si eran policías.

—No se asuste, señora. Para el esclarecimiento del crimen es necesario que responda a unas preguntas. ¿Lo hará? Todos tenemos la obligación de colaborar con las autoridades. ¿Cómo se dio cuenta de que algo anormal ocurría en el piso?

—Al ver salir a la señorita. Sus ojos, desorbitados por el terror, indicaban una crisis nerviosa. Intenté seguirla y se escabulló entre la niebla.

—¿No gritaba?

—No. Me extrañó tal comportamiento en la señorita Dorothy. Imaginé que había tenido un nuevo disgusto con su padre.

—¿No se llevaban bien? —intervino Alexander.

—Donald Toombs era un caballero. En las últimas semanas, inexplicablemente, comenzó a beber, agriándosele el carácter.

—¿A qué se dedicaba?

—Lo ignoro. Pagaban puntualmente el alquiler. Su situación no debía ser próspera, pues la muchacha realizaba los trabajos domésticos.

—Continúe su historia. Perdió la pista de Dorothy, ha dicho.

—Subí al piso en el momento en que se abría la puerta para dar salida a un hombre. Le oí despedirse en alta voz del señor Toombs y cerrar.

—¿Escuchó respuesta a sus palabras?

—No. El desconocido pasó por mi lado sin mirarme.

—¿Pudo verle la cara? ¿Cómo iba vestido?

—Me dio la espalda. Llevaba un traje gris.

—Supongo que se fijaría en su aspecto. ¿Cuál de los cuatro nos parecemos a él?

A una indicación del inspector, todos se volvieron de modo que la mujer no distinguiera sus rostros. La buena señora señaló a William Sanderson.

—Era como el señor. Regresé a la portería y una hora después, inquieta por la tardanza de Dorothy, decidí hablar con su padre. Hallé la puerta entornada y... ¡Dios mío, fue horrible!

La portera se cubrió el rostro con ambas manos. El inspector Dixon ordenó a su subordinado:

—Acompáñela fuera. Jamás he actuado en un caso tan claro... al menos en apariencia. De no surgir un imprevisto su situación será difícil, Sanderson. ¿Qué hay, Irving?

—Llegan los del departamento. Les he visto desde uno de los rellanos de la escalera. Me parece haber reconocido al comisario Ravenal, al forense y a tres hombres de los servicios especiales.

Reid no se equivocaba. Segundos después entraron los

anunciados.

—Hola, Dixon. ¿Cómo aquí? Le suponía investigando el caso de la mujer apuñalada.

—Este es su domicilio y el muerto su padre.

Con frase precisa, sin demasiados detalles, Alexander refirió lo ocurrido. El Comisario Andrew Ravenal, tras unos segundos de meditación, dijo:

—Comprendo. Los hechos se unen hasta formar uno solo. Dejo el asunto en sus manos, inspector. Los muchachos le obedecerán.

—Bien —admitió secamente Dixon—. Antes de que el forense proceda al examen del cadáver, que se tomen de él las fotografías y huellas de costumbre.

Así se hizo. Media hora después, levantado el cadáver y considerando inútil su permanencia en el lugar del delito, el inspector ordenó a su ayudante, a Plummer y Sanderson.

—Volvamos con Dorothy. Sus declaraciones serán de suma utilidad para la instrucción del sumario. ¿Cuál es su hipótesis, Harry? Usted cree inocente al que yo acuso basándome, precisamente, en la acumulación de pruebas. Ningún asesino deja tantos rastros de su labor.

—En efecto.

—¿No pensó en la coartada al revés? Hay que ser muy audaz para usarla; sin embargo no es imposible.

El semblante del inspector denotaba preocupación.

Ya en Theobald Road, luego de haber precintado la puerta de entrada al domicilio de los Toombs, Irving Reid tardó unos segundos en orientarse entre la niebla.

—Por aquí —dijo—. No comprendo cómo pudo llegar el comisario.

Caminaron unos pasos y, de pronto, varias sombras se abalanzaron contra ellos. Los agresores llevaban porras de goma. Alexander Dixon y Harry Plummer fueron los primeros en caer privados del conocimiento. El inspector «júnior», que consiguió eludir el primer ataque, quiso resistir, consiguiéndolo durante unos segundos; pero eran varios los atacantes y un golpe en la mandíbula le derribó, medio aturdido.

Buscó en vano a William, al que tuvo a su lado en la breve refriega. Lejana, amortiguada por la niebla, oyó una voz bronca:

—Deprisa, Sanderson.

Irving, en vano, quiso sobreponerse al dolor de cabeza. Intentó hablar y las palabras se estrangularon en su pecho. La nuca le dolía. Insensiblemente, pese a sus esfuerzos, se desmayó.

Al despertar, Reid miró su reloj de esfera luminosa. Su mareo solo había durado unos minutos. ¿Y Plummer y su jefe?

Tambaleándose se puso en pie, iluminando el suelo con su potente linterna. Harry y Alexander continuaban insensibles, en grotescas posturas. ¿Muertos? Un rápido reconocimiento demostró a Irving que los dos vivían. ¿Qué hacer para reanimarles?

Plummer, lanzando un leve quejido, abrió los ojos.

—Siento la misma sensación que un boxeador después de una noche desafortunada. ¿Y los demás?

—Sanderson ha desaparecido y Dixon está a su lado. Ayúdeme a incorporarle.

—Hágalo primero conmigo. Gracias. Procure enseñarle modales a su jefe.

—No es momento de bromas, Plummer. Metámosle en el más cercano portal. ¡Maldita niebla! ¡Si pudiéramos disponer de un coche!

—Esa es la aspiración de cientos de millares de londinenses.

Bajo los cuidados de los dos hombres, que solicitaron ayuda de un «policeman» para que se trasladara a una farmacia, Alexander recobró el sentido. Tenía una moradura sobre la oreja derecha, muy cerca de la sien.

—¿Y ese médico de todos los diablos?

Irving Reid refirió su breve lucha y las palabras oídas. Esperaba que Dixon se encolerizase. No fue así. El inspector, serenamente, dijo:

—Su conducta disipa mis dudas. Al huir se ha declarado culpable. Vamos.

—Esperemos unos segundos a que traigan un cordial. Envié a un agente de tráfico.

—¡Aborrezco las medicinas! ¡Que se la tome el «policeman»! ¿Será capaz de conducirnos a Holborn Kingsway?

—Creo que sí.

En el andén, en espera del ferrocarril subterráneo, los miembros del Yard y Harry se miraron. Tenían las ropas mojadas, con arrugas,

y los cabellos en desorden.

—Nos han dado una buena paliza —comentó Plummer.

—Sí. Ya me tomaré el desquite. Este maldito clima ha escudado a nuestros agresores.

No conversaron más hasta no hallarse en el piso de Williams Sanderson. El agente de tráfico y un hombre se incorporaron.

—Hola, doctor —saludó Dixon—. ¿Cómo encontró a la enferma?

—En grave estado. Debe permanecer aquí hasta que pase el inmediato peligro. ¿Y Sanderson?

—Ha huido, declarándose así culpable.

El doctor Paul Thurber, adscrito a los servicios especiales de la policía británica, no dando crédito a lo que escuchaba, rogó:

—¿Quiere repetir lo que ha dicho? Me parece no haberle oído bien. William es uno de los profesionales más competentes. Su prestigio científico y moral es indiscutible.

—Tendrá que modificar sus juicios. ¿Cuándo podremos tomar declaración a la enferma?

—Dentro de un par de días, de no sobrevenirle un «shock».

—Bien —el inspector descolgando el auricular telefónico, se puso al habla con Jefatura para ordenar la vigilancia de aeródromos, estaciones de ferrocarril y, en especial, de los embarcaderos del Támesis—. Enviaré una fotografía para que mañana la reproduzcan los diarios… Sí, se le acusa de la muerte de un hombre llamado Richard Toombs… Nada más. Las lanchas policiales deben recorrer el río en todas direcciones.

Depositó el auricular en la horquilla y, sin cruzar palabra, buscó en los cajones del despacho.

—Será difícil que encuentre el retrato que busca. A Sanderson no le agrada la publicidad. Espere. En la ficha del club de Vincent Square hallará lo que desea.

—Ocúpese de ello, Irving.

—A la orden.

Salió el joven. Plummer, pensativo, contemplaba a Dorothy Toombs preguntándose de qué drama habría sido testigo la muchacha… Era inexplicable lo sucedido.

¿Qué pudo inducir al psiquiatra a truncar su brillante carrera, convirtiéndose en un fugitivo de la justicia? ¡Bah! A él que le importaba. Bastantes preocupaciones tenía con la llegada a Londres

del diamante adquirido a la «Sierra Leona Election Trust» para aumentarlas con lo que era de la competencia del Yard.

—¿Ve algún inconveniente en que me marche, Dixon?

—Ninguno. Hasta el momento nada me autoriza a detenerle, aunque sí, quizá, a interrogarle en un futuro. Déjeme sus señas y su número de teléfono. Haré lo imposible por no necesitarle.

—No es preciso que insista. Comparto sus sentimientos. Ahí tiene mi tarjeta.

El inspector la examinó con gesto irónico.

—¿Representante? ¿De qué?

—Hasta ahora de nada. Estoy intentando especializarme en joyería.

—¿En qué sentido? ¿En la instalación de timbres de alarma?

Plummer lanzó una sonora carcajada.

—Me voy antes de que empiece a serme usted simpático. Le considero un digno rival mío. Salude a su ayudante. Es chico de porvenir. Adiós, doctor.

Silbando una cancioncilla popular, Harry salió del despacho del desaparecido William Sanderson. En su cerebro había una cifra: setecientos setenta. Tales eran los quilates del diamante...

CAPÍTULO III

—Sí, señor... Lo tendré presente... No ignoro las responsabilidades... ¿Es necesaria mi presencia?... ¿Toda la policía secreta?... No faltaré, señor Comisario... A sus órdenes.

El inspector Alexander Dixon colgó el auricular de su teléfono de mesa y, en pie, seguido de la mirada curiosa de su ayudante, paseó a grandes zancadas.

Irving Reid, tras respetar unos minutos el silencio de su superior, dijo:

—Hace mal en disgustarse. Supongo que se trata de abandonar por unas horas el caso de Toombs para dar custodia al diamante.

—Sí. Aún hay más. El Colegio de Médicos ha elevado una queja al Ministro por la publicidad acusatoria contra su colega. Si por cualquier motivo el psiquiatra no fuese culpable, me habría jugado la carrera.

—¿Duda?

—No. Sin embargo, ¿cuál fue el móvil? Por más que investigo en las vidas privadas de las víctimas y de Sanderson, no encuentro la menor relación. ¿Sadismo? Todos aseguran que es hombre de gran equilibrio espiritual. ¿Locura? La hipótesis ha hecho sonreiría quienes he consultado. No sé a qué atenerme. ¡Si Dorothy pudiese declarar!

—No tardará en hacerlo. Ha vencido el «shock».

—No por completo. Vamos. Disponemos de dos horas. Paul Thurber insiste en la conveniencia de no mover a la muchacha hasta que no se inicie la cicatrización del pulmón herido, lo que obliga al distrito a montar una guardia permanente. Su trabajo de ayer no pudo ser más desalentador, Irving.

—Lo mismo pensé yo. Todos coinciden en asegurar que William es un perfecto «gentleman».

Los dos hombres, conversando del tema que les obsesionaba, anduvieron por las calles londinenses. La mañana era fría y el sol estaba oculto entre nubes. Habíase restablecido la circulación. El Servicio Meteorológico, no obstante, facilitó una nota a la prensa en

el sentido de que, apenas obscureciera, la niebla caería aún más densa que la noche anterior.

Absortos en sus ideas, Alexander e Irving penetraron, a las once de la mañana, en el domicilio de William Sanderson, cuya puerta les fue franqueada por un miembro del Departamento de Investigación Criminal.

—Sin novedad, inspector.

—Gracias. ¿Y la enferma?

—Bastante mejorada. Según el doctor Thurber no tardará en recobrar el conocimiento.

—Dios le oiga. Sin sus declaraciones nada podemos hacer.

—¿Se sabe algo de Sanderson?

—Parece habérsele tragado la tierra.

Dixon, sentándose en el sillón del despacho de William, miró con fijeza a la joven. Irving, desde una butaca, imitando a su jefe, encendió un cigarrillo.

—¿Es usted aficionado a la literatura, Reid?

—Sí.

—¿Leyó algo firmado por Dorothy?

—Nunca. Es desconocida en los medios artísticos. ¿No le importa que razone en alta voz?

—Hágalo. Tal vez nos sirva a los dos.

—En la anticuada mesa de despacho de los Toombs no había más que papeles en blanco y en la cocina pavesas. Es posible que «alguien» quemara cartas o manuscritos.

Reid guardó silencio aspirando voluptuoso el humo del cigarrillo. Su jefe le apremió:

—Continúe.

—Nosotros hemos relacionado dos hechos que pueden ser independientes. El que agredió a Dorothy quiso arrebatarle el bolso. Desde hace tiempo se vienen recibiendo en Jefatura una serie de denuncias que revelan un aumento en la delincuencia. Heridas de puñal no se registran a menudo, pero sí otras producidas por golpes en la cabeza. ¿Por qué no admitir la hipótesis de que la muchacha se resistiera y el ladrón, entonces, no tuviese más remedio que acuchillarla?

—No estoy de acuerdo con usted, Irving. La agredieron junto al portal de Sanderson. Él pudo hacerlo, para impedir que le visitara.

No sospechó que la llevasen a su clínica. Un psiquiatra es el médico menos indicado para atender un caso semejante. La suerte se volvió contra el asesino. ¿A qué se dedicaba el padre de Dorothy? He ahí un misterio que no hemos conseguido aclarar. En el futuro orientaré las investigaciones en ese sentido.

Los dos miembros del «Yard» siguieron conversando en presencia del agente de guardia que, de vez en vez, aventuraba una opinión.

Mientras tanto…

* * *

En Victoria Street, a la altura de la catedral de Westminster, una furgoneta del servicio de teléfonos, provista de una larga escalera para alcanzar las cajas de registro, colocadas a la altura del primer piso de las edificaciones, avanzaba despacio. En la central recibióse la denuncia de que, aprovechándose de la niebla, unos rateros se habían apoderado de cable y demás materiales. Desde la sala de control pudo comprobarse que no funcionaban gran número de aparatos.

—No veo nada anormal —dijo el técnico al conductor—. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿Seguimos?

—No. Haré unas pruebas.

Salió el hombre y, dirigiéndose a la trasera de la furgoneta, dijo a un joven de unos quince años, que abría las puertas posteriores.

—Desmonta la escalera. Vamos a empezar.

—Sí, señor.

Se disponía el muchacho a realizar lo indicado cuando un individuo, con las solapas de la gabardina alzadas y el ala del sombrero sobre los ojos, se les aproximó:

—¿Me dan ustedes lumbre?

El oficial de la Compañía Telefónica introdujo su mano derecha en uno de los bolsillos.

—Con mucho gusto.

Los acontecimientos precipitáronse con rapidez. El desconocido, llevando ostensiblemente su diestra a una invisible funda axilar, amenazó:

—¡Entren en el coche! ¡Si intentan resistir les lleno el cuerpo de balas!

Los interpelados vieron la culata de un revólver y muy pálidos, preguntándose qué iba a sucederles, le obedecieron. El aprendiz temblaba de pavor. Su jefe, atónito, sentía los nervios tensos. Era un veterano de la guerra. Sin embargo...

—Creo que se equivoca. Nos limitamos a ganar un sueldo y...

—¡Cierra el pico y vuélvete de espaldas!

El aludido no tuvo más remedio que obedecer. Entre los dedos de aquel individuo había una pistola. Apenas lo hizo notó un dolor intenso en la nuca. Luego, nada... El aprendiz, horrorizado, quiso gritar, pero un puño se abatió contra sus labios, enmudeciéndole. El jovenzuelo no tuvo tiempo de experimentar el dolor del golpe. La culata del revólver le pegó en la mandíbula.

Todo sucedió en unos segundos, en el reducido espacio del departamento de la furgoneta, rodeado de estanterías repletas de cables, aisladores, y demás útiles de trabajo.

El desconocido cambió sus ropas con las del empleado telefónico, encaminándose después al encuentro del conductor, con el que conversaba otro hombre.

—Lo mío resuelto.

—Esto también. El chofer es casado y con dos hijos y no quiere dejar viuda y huérfanos. Le he prometido que nada le sucederá... ¡Si olvida nuestros rostros! ¡Vamos por los otros! ¿Cuántos caben atrás?

—Un par de ellos.

—Vete a tu sitio. Me ocuparé de que nada altere nuestros planes. Conduzca al Hyde Park. Yo le marcaré el camino.

En el popular parque londinense, casi desierto por la desapacible temperatura, dos hombres, de rostros patibularios, subieron a la furgoneta. Portaban paquetes conteniendo ropas de mecánico y metralletas de tambor, de tiro rápido.

Se vistieron con grandes dificultades por la estrechez del vehículo. Uno de ellos, con un cable, ató al oficial y al aprendiz de teléfonos, amordazándoles con esparadrapo.

Al llegar ante el número 10 de Theobald Road, con perfecta naturalidad, los tres forajidos descendieron del coche. Uno de ellos dijo al que iba con el conductor:

—No te muevas. A la menor duda clávale un cuchillo y ocupa su puesto. Nadie repara en nosotros. Son muy frecuentes las averías o los hurtos de cable tras una noche de niebla.

Desmontaron la escalera, apoyándola contra el muro. Previamente habían vaciado la ancha cartera de cuero, portadora de herramientas, introduciendo en ella dos metralletas.

Uno de los hombres ascendió hasta una ventana, empujándola. Estaba cerrada. Al mirar a sus camaradas vio que uno de ellos le seguía y el tercero fumaba. El arrojar el cigarro al suelo era la señal convenida de peligro.

Con un diamante, desde el último rellano de la escalera de incendios, el que parecía mandar el grupo trazó un círculo en el cristal. Con anterioridad pegó un trozo de masilla para poder retirar el vidrio sin estrépito.

El que actuaba no tuvo dificultad en hacer girar la falleba y abrir la ventana. Su cómplice continuaba fumando.

Sin vacilaciones, tranquilo por tener guardada la espalda, se introdujo en un lujoso dormitorio estilo isabelino. No tardó en reunírsele el que hacía las veces de ayudante. De la cartera sacaron las metralletas, esperando la llegada de su compañero, lo que no tardó en producirse.

—¿Subes la ropa?

—Sí.

El grupo, silenciosamente, dispuestas las armas, anduvo por un pasillo hasta desembocar en…

* * *

—Parece que se recobra, inspector.

Alexander Dixon al escuchar las palabras de Irving, saltó como impulsado por un resorte, aproximándose a la mujer, que había entreabierto los ojos. Su respiración era normal.

Durante unos segundos miró a los que la observaban.

—Un poco de agua —rogó.

Reid, tomando el vaso de zumo de naranja depositado en la mesa de despacho, pasó su mano izquierda por el cuello de Dorothy, ayudándola a beber.

—¿Se siente mejor, señorita?

—Sí, gracias.

El inspector Dixon, arrodillándose junto a la joven, dijo:

—¿Puede contestar a unas preguntas? ¿Recuerda el pasado? —un estremecimiento fue la respuesta—. No se sobresalte. Nosotros

somos sus amigos.

—¿Y el hombre que los acompañaba?

—Está en La cárcel. No la hará mal. ¿Por qué abandonó tan precipitadamente su casa? La ayudaré. Una niebla espesa, una sombra se interpone en su camino, algo brilla en el aire y usted grita. Dele otro poco de zumo, Irving.

Hubo una larga pausa, durante la cual, Dorothy, con los párpados entornados, evocaba íntimamente unas horas de tragedia.

Un sollozo se estranguló en su garganta.

Alexander, pese a su impaciencia, sin abordar el tema que le obsesionaba, prodigó a la enferma frases amables, tranquilizadoras.

—Nada se remedia con lágrimas. Usted se halla fuera de peligro. La policía desea hacer justicia, castigando a quienes la hirieron. ¿Está mejor?

—Sí, gracias. Son ustedes muy amables. Mi historia arranca de hace varias semanas. Hasta entones papá y yo habíamos vivido felizmente, intentando conseguir una más desahogada posición. Con grandes sacrificios pagábamos el teléfono. Lo consideramos necesario. Una noche… ¡Dios mío!

La muchacha vio a tres hombres armados que, desde el pasillo, les encañonaban. Cubrióse la cara con ambas manos. Alexander, creyendo que el terror obedecía al recuerdo, la instó:

—Continúe.

Una voz burlona y bronca dijo a su espalda:

—¿No le importa que lo hagamos nosotros?

Los tres miembros del Yard se volvieron. Ante ellos estaban tres individuos, con el rostro oculto con negros pañuelos, dos de ellos provistos de metralletas y el tercero con un revólver de gran calibre. El inspector Dixon, poniéndose en pie, sin desconcertarse, inquirió:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Amigos de Sanderson?

—Puede —fue la evasiva réplica—. Nos interesamos por esa chica. Una advertencia. No somos ingleses, como habrán podido deducir por nuestra pronunciación. No respetamos la Ley. Si alguno de ustedes intenta dar un paso, recibirá su ración de plomo. No es un buen aperitivo. ¡Pónganse de cara a la pared con los brazos en alto! ¡Pronto!

Irving Reid, perteneciente a la joven generación de policías, maldijo la estúpida prohibición de usar armas que pesaba sobre los

miembros del Departamento de Investigación Criminal. ¡Si tuviera una automática! Aunque le matasen no toleraría que hicieran daño a Dorothy.

Alexander tuvo unos segundos de vacilación. Los dedos índices de sus enemigos se curvaron en los gatillos.

—¿Qué pretenden? En Inglaterra se castiga a los asesinos con la horca.

—También en algunos lugares de los Estados Unidos, aunque predomina la silla eléctrica. No va a asustarnos como si fuéramos... ingleses. Tienen diez segundos para obedecernos. No les matamos porque otros ocuparían sus puestos con mayor encono para vengar a sus camaradas. No nos obliguen a hacerlo. ¡Vamos!

Mordiéndose los labios de ira y de impotencia, el inspector Dixon giró lentamente mientras alzaba los brazos. Irving Reid y el que custodiaba a la muchacha imitaron a su jefe. Resistir era suicidarse.

Inmóviles sintieron avanzar a los que adivinaban cómplices de Sanderson, que, brutalmente, les golpearon con porras de goma, derribándoles sin sentido. Al aproximarse los forajidos a Dorothy, la joven se desmayó:

—Mejor para nosotros. Sobre la ropa que lleva ponle el mono de peto. Córtale los cabellos para que le entre la gorra.

—Es necio lo que nos arriesgamos. Se silencia mejor a una persona clavándole un puñal.

—El jefe manda. Él sabrá por qué lo hace. Te ayudaré. ¿Qué haces, Fred?

—Quitarles los «carnets» oficiales. Tal vez los necesitemos.

Minutos más tarde, cubierto el rostro de Dorothy con un pañuelo, no sin precauciones, bajaron a la muchacha por la escalera lo que motivó un corro de curiosos. Las armas iban de nuevo ocultas en la cartera de las herramientas. El «policeman» de servicio se acercó:

—¿Qué ocurre?

—Al aprendiz le ha dado un mareo. Hemos podido evitar que cayera. Haga circular a la gente. Le llevaremos a un hospital.

El de la Metropolitana no se entretuvo en mirar a Dorothy que, embutida en un mono azul, con la gorrilla, parecía uno de los muchos jovenzuelos que se ganan la vida en Londres en los más

diversos oficios.

—¿Me necesitan?

—Gracias, guardia. Suponemos que no será nada.

Alejóse el «policeman» y, una vez que introdujeron a la muchacha en el compartimiento posterior del vehículo, este arrancó sin que ninguno se preocupara de recoger la escalera.

Los malhechores iban satisfechos del feliz resultado de su plan. Dos de ellos tomaron asiento junto al chofer y el tercero, en el reducido espacio del coche, amordazó a Dorothy, ligándola de pies y manos.

—A Tower Bridge. Procure ir despacio. No tenemos prisa.

Al llegar al sitio indicado, el que parecía mandar el grupo de indeseables indicó al conductor que, por Kent Road, se dirigiera a las afueras de la ciudad. Una vez en pleno campo, ordenó:

—Pare.

El hombre así lo hizo, viendo un «Cadillac» negro en uno de los lados de la desierta carretera.

—Transportad a la muchacha.

Realizada la parte más peligrosa, el chofer tembló por su vida. Quizá le matasen para que no declarara.

—¿Siguen inconscientes, Fred?

—Sí. El único testigo peligroso es…

El «gangster» señaló al conductor, que apresuróse a asegurar:

—¡No diré nada!

—Regístrale, Fred, y anota su nombre y sus señas.

El aludido obedeció, sacando un carnet expedido por la Compañía Telefónica nombre de Ervin Sinks. El empleado habitaba en uno de los arrabales del Támesis.

—Escucha bien lo que he de decirte. Tú conoces tres rostros; pero somos muchos más. Si dices algo a quienes te interroguen mataremos a tu mujer y a tus hijos. ¿Comprendes? Ahora te golpearé, dejándote tendido junto a la furgoneta. Te pegaron y perdiste el sentido. ¿Lo recordarás?

Ervin Sinks, aterrorizado, asintió con el gesto. Fred Dermont, un individuo al que los Federales gustarían de ver en Nueva York para acusarle de asesinato y tráfico de drogas, con la porra de goma, golpeó al chofer en la mandíbula.

—Demasiadas contemplaciones —dijo—. Debíamos liquidarle.

Es lo más seguro.

—Hay orden de evitar inútiles derramamientos de sangre. Partamos.

El «Cadillac», llevando en su interior a la desvanecida Dorothy y a sus cuatro raptores con una hábil maniobra, dirigióse de nuevo a Central London.



«El Cadillac» dirigióse de nuevo a Central London...

CAPÍTULO IV

El automóvil, escoltado por agentes de la policía motorizada de tráfico, se detuvo a las puertas del *Bank of England* en una de cuyas dependencias iba a ser depositada la piedra preciosa, cuya adquisición y seguridad tanto preocupaba a los organismos policiales. Scotland Yard, por considerarlo peligroso, se mostró disconforme con la proyectada exhibición del diamante en uno de los salones del edificio.

—Es una tentación demasiado grande. Nos obligará a movilizar a medio departamento para custodiarle.

Sin embargo, según el resultado de una encuesta popular organizada por uno de los más populares diarios, los ciudadanos de Londres deseaban contemplar tan hermosa gema por lo que, previa una consulta con el Ministro del interior, se decidió habilitar uno de los salones del *Bank of England*, cuyo sistema de seguridad considerábase perfecto.

En las inmediaciones del edificio oficial habíase congregada numeroso público, entre el que figuraba Harry Plummer. La tarde anterior el joven celebró una reunión en el reservado de una de las tabernas próximas al Támesis, concertando un plan que no podía fallar y para el que necesitaba varios colaboradores.

—Apenas se instale el diamante en la vitrina será mucho el público que se aglomere. Tú, Rogers, tienes que provocar una avería en la instalación eléctrica. Has de hacerlo en la acometida del exterior. El Banco tiene previsto el incidente y se procurará en unos segundos luz propia. Esos segundos deben bastarnos para que vosotros, Peter y James, que os habréis situado detrás del agente o los agentes que monten la vigilancia, los golpeéis con las porras, mientras yo, con la mano enguantada, destrozaré él cristal apoderándome de la piedra. El confusionismo será extraordinario. El resto habrá que improvisarlo. Tú, Sarah, te desmayarás gritando histéricamente. Quizá otras mujeres te secunden. Vosotros tiraréis las matracas situándoos en opuestos lugares. El mayor riesgo lo correré yo.

Los cómplices de Plummer eran tres hombres que bordeaban la ley en el contrabando de bebidas francesas y una mujer, esposa del dueño de una taberna. Harry dijo se dividiría el diamante en varios pedazos para vendarlos por separado. Era la única posibilidad de deshacerse de una piedra universalmente conocida aun restándole parte de su valor.

La tarea más peligrosa era la del jefe de la incipiente organización. Todos quedaban a cubierto entre el numeroso público menos el poseedor de la gema. Plummer se reservaba un cincuenta por ciento del botín; el resto se distribuiría en cuatro partes.

Mientras contemplaba la caravana y el grupo de agentes que rodeaba al coche, Harry se dijo que su empresa era arriesgada en exceso. Sonrió. Necesitaba una fuerte suma de dinero para, durante unos años, vivir sin preocupaciones, mostrándose en lugares respetables a fin de desorientar a las autoridades.

En cada robo pequeño se exponía a caer en manos de los miembros del Yard. Alexander Dixon y los agentes a sus órdenes le iban a la zaga. La ambición de Plummer era retirarse por una larga temporada.

Un hombre, escoltado por dos inspectores del Departamento de Investigación Criminal, portando en su diestra un estuche, saltó del automóvil.

De pronto el ruido de unas paletas azotando el aire hizo levantar los ojos a Harry y a los que con él presenciaban el traslado de la gema. Un helicóptero, a baja altura, situóse sobre los sorprendidos espectadores. Pese a la falta de sol brillaron levemente en el aire unas esferas que, al estallar, produjeron un ruido sordo, como el de botellas de champaña al ser descorchadas. Un humo espeso, que se enroscaba en la garganta y se metía en los ojos, enrojeciéndoles, comenzó a envolver a cuantos se hallaban en las inmediaciones del *Bank of England*, pero, de modo muy especial, al que portaba el diamante y a los inspectores del Yard.

Un grito de mujer sembró el espanto:

—¡Son gases!

Todos corrieron para alejarse y en tan preciso instante cuando era mayor el confusionismo, dos automóviles de matrícula oficial, cortaron el paso a los que, con la piedra preciosa, pugnaban por penetrar en el edificio. De los coches surgieron seis hombres con

ametralladoras y caretas protectoras.

Dos de ellos abalanzáronse contra los miembros de la policía apoyando los cañones en los estómagos de los sorprendidos funcionarios oficiales mientras un tercero, de un manotazo, arrebataba el estuche con la gema, efectuando un rápido registro al individuo que, pálido por el terror, no opuso resistencia.

Un grupo de agentes avanzó y los forajidos, retrocediendo, comenzaron a disparar. Tres «policemen», que iban en cabeza dobláronse trágicamente, obstaculizando el paso a sus compañeros. Numerosos miembros del Departamento de Investigación Criminal, corrieron a los automóviles en los que ya se habían introducido los enemigos. Uno pagó con su vida la audacia; los otros viéronse obligados a tirarse a tierra para evitar que los proyectiles les alcanzaran.

Plummer, entre lágrimas, pudo ver cómo arrancaban los coches de los malhechores para enfilar Moorgate City. Segundos después una nube de motoristas partía en su persecución, entre impresionantes aullidos de sirenas. Los agentes de Tráfico fueron seguidos por los vehículos de las Patrullas Volantes. El autogiro ascendió rápido, hasta ocultarse tras las nubes bajas que envolvían la ciudad.

En unos segundos perpetróse el robo más audaz de todos los tiempos.

Harry, mordiéndose los labios de ira, miró en torno suyo distinguiendo a sus cómplices que, gimoteantes, con gestos, solicitaron órdenes.

—¡Vámonos! Nos reuniremos esta noche.

Sin aguardar respuesta, Plummer alejóse por King William Street y atravesó el Támesis por el puente de Londres. Pensaba en su fracasado proyecto, en que tendría que realizar en breve robos de poca importancia. Sus reservas económicas eran muy reducidas.

Resultábale increíble que en la capital británica pudiese existir una organización criminal montada al estilo de las de Chicago, San Francisco y Nueva York. Estaba seguro de que los que participaron en el asalto eran norteamericanos. Pocos malhechores ingleses se atrevían a disparar contra el Yard. En High Street se detuvo. ¿En qué invertir el resto de la mañana?

Pensó en Dorothy Toombs. ¿Por qué no ir a verla? Llevaba tres

días imponiéndose el sacrificio de no hacerlo, para no enfrentarse innecesariamente con el inspector Dixon. El momento era llegado. Alexander, como todos los veteranos miembros del Yard, hallaríanse tras la pista de los atracadores. El prestigio del Departamento de Investigación Criminal exigía el máximo esfuerzo de sus hombres.

Detuvo un taxi y, dando al chofer las señas del domicilio del desaparecido doctor William Sanderson, se abstrajo en la ingrata evocación del pasado.

La historia de Harry Plummer era cual la de tantos otros delincuentes. Orfandad a los diez años, hambre, una inteligencia natural sin cultivar, ausencia absoluta de formación moral, necesidad de convertirse en hombre antes de hora, botones, vendedor de periódicos y el primer hurto. Fue en la Catedral de San Paul, durante una solemne ceremonia religiosa. Una dama, en el último de los bancos, había dejado el bolso a su derecha. A Plummer le fue fácil apoderarse de él y, ya en la calle, en un próximo portal, apoderarse de un manojo de billetes abandonando la prueba del delito.

Al anochecer, bajo el puente de Waterloo, contó lo robado. Ocho libras, tres chelines y once peniques. ¡Lo que él ganaba en muchas semanas!

Varias veces repitió con éxito idéntica operación hasta que un día fue sorprendido. Tenía dieciséis años y las autoridades, le condenaron a tres de reclusión en un reformatorio de menores.

Plummer, al referirse alguna vez al tiempo pasado en aquel establecimiento, afirmaba que allí aprendió de sus compañeros no solo el «argot» de los bajos fondos, sino también todo lo que ignoraba en materia delictiva. En lugar de «Reformatorio» él le llamaba «Refinatorio».

Aprendió a leer y a escribir a expensas del gobierno. Sus profesores llegaron a tomarle cariño, admirando su despierta inteligencia.

Cumplida la condena, Harry se encontró en plena calle, con igual gozo que un gorrión que acabara de abandonar la jaula. Todo le era nuevo, hasta el cielo del que únicamente le fue permitido ver el trozo enmarcado por las altas paredes de la casa de reforma.

Dióse cuenta de que era un hombre y no un mozalbete al sentir posarse en él la mirada de una muchacha. Sintió tentaciones de

seguirla. Se contuvo. Necesitaba pensar en su futuro.

La luna de un escaparate le reflejó una ridícula figura. La ropa que le proporcionaron en el internado le venía pequeña. Tocó uno de sus bolsillos laterales. Allí llevaba una carta de recomendación para un diputado y una libra. ¡Si pudiera encontrar empleo!

Leyó el sobre, dirigido a Navis Gilford, residente en el número 72 de Buckingham Palace. A pie, gozando de una maravillosa sensación de libertad, encaminóse a tales señas siendo recibido por un mayordomo de cara de palo, que le examinó de arriba abajo con desprecio.

Hizo cuatro visitas a Nevis Gilford sin conseguir verle. Había agotado sus exiguos fondos y se encontró sin un centavo ni lugar en el que pasar la noche.

Sintió odio hacia la sociedad que se paga de las apariencias y que abandona de tal modo a sus miembros.

De nuevo el hambre, el frío y la desesperación convirtieron a Harry en un ser de instinto. Aun convencido de que le aguardaba la cárcel y una ficha en el Yard si le sorprendían robando, lo hizo en la catedral de Westminster, con éxito. Tres libras y siete peniques fue el botín. Para subsistir miserablemente con tales raterías era preciso que se arriesgara gran número de veces. Entonces nació en él la idea de operar en mayor escala y así lo hizo, penetrando en un chalet durante la ausencia de sus dueños. Se apoderó de doscientas libras en billetes y de joyas por igual valor.

A partir de aquel momento la vida cambió para Plummer, quien, despacio, fue convirtiéndose en lo que era: en un ladrón de guante blanco. Pronto, los «soplones» del Yard le señalaron como peligroso y a raíz de uno de sus robos, le detuvieron. El inspector Alexander Dixon hubo de declararse vencido, al no encontrar pruebas contra él. Sin embargo, su ficha, procedente del Reformatorio, quedó en el Departamento de Investigación Criminal, organismo con el que, en lo sucesivo, tuvo más trato del que deseara.

¿Amor? Fáciles aventuras en las que intentaba embrutecerse para saciar su vacío de alma. ¿Amistad? Palabra vana sin más significado que la ambición. ¿Honradez? Le horrorizaba el hambre y el desprecio.

La guerra le familiarizó con el dolor y la muerte, endureciéndole más y más. Al firmarse la paz, en Plummer había un hombre de

hierro, insensible. De ahí su turbación y su sorpresa al prestar ayuda a Dorothy Toombs y angustiarse en demanda de ayuda. Aunque él lo ignoraba, en su espíritu quedaban restos de bondad.

—Hemos llegado, señor.

Harry, cual si despertara de un sueño, entristecido, abonó el importe de la carrera penetrando en el portal de la casa.

Bajo el peso de los recuerdos, subió despacio los tramos de escalera que conducían al domicilio del psiquiatra, en cuya puerta llamó sin que nadie le contestara. Extrañado se dijo que quizá el médico adscrito a Scotland Yard recomendó el traslado de la enfermera. ¿Por qué el portero, que le vio subir, no le había advertido la ausencia de Dorothy?

Pulsó el timbre con idéntico resultado que las veces anteriores. Sin vacilaciones, del doble fondo de uno de los bolsillos de la americana, sacó un pequeño juego de ganzúas con el que le resultó fácil franquear la entrada de la residencia de Sanderson.

Atravesó el vestíbulo y, por el largo pasillo, se introdujo en el despacho de William. El cuadro que ofrecióse a sus ojos fue sorprendente y terrible. Alexander Dixon, Irving Reid y un desconocido yacían en el suelo en grotescas posturas. El diván en el que reposaba Dorothy, estaba vacío.

En un segundo reconstruyó lo sucedido: un rapto. ¿Cómo y por quiénes?

Arrodillóse junto al inspector, comprobando que su corazón latía, así como los de sus subordinados.

¿Y la muchacha?

En la cocina encontró una botella de «whisky», vasos y una jofaina de porcelana, que, mediada de agua, iba a servirle para reanimar a los policías. Formulóse la misma pregunta que en la tarde en niebla, ante el cuerpo insensible de Dorothy: ¿Por qué no se marchaba? Alexander Dixon deseaba su encarcelamiento, era su enemigo. ¿Piedad? ¿Deseos de saber el paradero de la joven?

Trabajó durante unos minutos, transcurridos los cuales el inspector y su ayudante recobraron el sentido. Entre los tres, sin cruzar palabra, auxiliaron al que montaba la guardia cerca de la muchacha.

—¿No me da las gracias, Dixon? Me estoy convirtiendo en la Providencia del Yard.

—¿Cómo ha entrado?

Plummer dudó unos segundos.

—¿Me formula la pregunta a título particular u oficial?

—Da lo mismo.

—A usted. A mí no. Óigame, Alexander. Ya es hora de que reconozca que mi actuación en el caso que le preocupa es en virtud de una circunstancia: el hallazgo de Dorothy Toombs. Pude marcharme al verles. ¿Me habla como amigo o, al menos, conocido? Si lo hace a título de inspector le diré que la puerta estaba entornada.

—Quiero la verdad, Harry. Olvidaré sus palabras.

—He utilizado una ganzúa al no obtener respuesta. ¿Qué les ocurrió?

El inspector hizo un breve relato de cómo, cuando Dorothy iba a declarar, fueron sorprendidos por tres hombres que les redujeron a la impotencia.

—Eran americanos —comentó Irving— y parecían obreros manuales. No me explico el rapto en plena mañana. Hablaré con el portero.

—No se moleste —le interrumpió Harry—. Ese hombre no ha visto nada. Hubiera avisado a la policía. Hay que buscar por otro sitio. Veamos la salida de urgencia.

El cristal roto, la apoyada escalera y las declaraciones del «policeman» de servicio convencieron a los del Yard y a Plummer de que sus enemigos actuaban con métodos inéditos para los ingleses.

El inspector se puso al habla con Jefatura, denunciando el robo de la furgoneta. Uno de los agentes le informó:

—Acaban de telefonearnos de que la han encontrado en el kilómetro tres de la carretera de Croylon. Hemos comunicado con un coche de la Patrulla.

—Gracias.

—¿Quiere hablar con el Comisario?

—Le llamaré más tarde.

Alexander colgó el auricular, volviéndose a Irving.

—Interrogaremos al chofer y a los empleados de teléfonos, si es que viven. Un taxi nos conducirá allá.

—¿Me permite que les acompañe? A cambio le prometo darle

una noticia que juzgará increíble.

—¿Cuál?

—El robo del diamante mayor del mundo en las narices de la policía.

El rostro de Dixon denotó consternación y sorpresa.

—¡Usted bromea!

—Le daré los detalles por el camino. Creo que los altos organismos de seguridad del país tendrán que autorizarles el uso de armas. De lo contrario van a morir a centenares. ¿Cómo enfrentarse a cuerpo limpio a una «Thompson» diestramente manejada? El estúpido respeto al ciudadano de que tanto alardean ustedes no debe ser confundido con el suicidio colectivo.

El agente de la Metropolitana quedó en el piso de Sanderson hasta recibir noticias del inspector, y Dixon, Reid y Plummer, en un taxi, se dirigieron a la carretera de Croylon. Harry ofreció cigarrillos a sus interlocutores y luego, minuciosamente, refirió el bombardeo de gases lacrimógenos.

—Ignoro la lista de bajas, pero vi caer a cinco hombres. ¿En qué piensa, Alexander?

—En que utilizaron los mismos procedimientos que los raptores de la muchacha. Violencia y audacia. Lo sucedido enlaza el asesinato de Richard Toombs y la herida de la muchacha. No es cierta su hipótesis de dos hechos aislados, Reid. ¿Lo reconoce?

—Sí, inspector.

Plummer fumó en silencio. Su corazón palpitaba acelerado al pensar en Dorothy…

CAPÍTULO V

Las frases de Alexander Dixon sonaban como trallazos en los oídos de Ervin Sinks, el asustado chofer de la furgoneta de teléfonos en la que se perpetró el secuestro de Dorothy. El hombre, con los ojos desmesuradamente abiertos, repitió:

—¡No sé nada!... ¡No vi nada!...

—Escuche. He encanecido en mi profesión. A usted no le amordazaron, usted condujo el coche siguiendo las indicaciones de los que le amenazaban y al llegar aquí le golpearon. Usted ignora que no colaborar con la policía es un delito. Si me lo propongo usted será, declarado cómplice del rapto de una mujer.

Los usted, dichos con marcada intención, obtuvieron el efecto psicológico apetecido. Ervin Sinks gritó:

—¡Me matarán! ¡Matarán a mi mujer y a mis hijos!

—No —repuso con suavidad Alexander, poniéndole una mano en el hombro—. Nosotros le protegeremos. Es nuestro deber. El suyo ayudar a la justicia. Serénese. Tome un cigarrillo.

Tendió su pitillera al chofer que rechazó:

—Gracias. No fumo. Me quité del vicio al darme cuenta de que necesitaba esos chelines para procurar a mis pequeños un colegio más digno —el hombre hizo una pausa—. Óigame, inspector. Antes ha hablado de mis deberes para con la patria y la ley. También los tengo para con los míos. Si algo les ocurre por mi culpa me volveré loco. Vivo honradamente. Los que ustedes buscan no son individuos como los que el Yard está acostumbrado a perseguir. Son seres sin escrúpulos. Cumplirán sus amenazas.

—Si les damos tiempo. Díganos lo que sepa. ¿Aun duda?

El aludido asintió con la cabeza. El diálogo tenía lugar en plena carretera, junto a la furgoneta, un automóvil de la Patrulla volante y el taxi utilizado por Alexander, Harry e Irving Plummer, a quién interesaba hallar a Dorothy, inquirió:

—¿En qué piensa?

Ervin Sinks, con una triste sonrisa, contestó:

—En si será conveniente que hable o que, por el contrario, me

sacrifique por los míos e ingrese, en la cárcel.

—¿De qué vivirá su esposa?

La pregunta del inspector Dixon acabó de decidir al chofer que a partir de entonces declaróse vencido, facilitando toda clase de datos que Irving Reid tomaba taquigráficamente. Al terminar. Alexander le prometió:

—Nos ocuparemos de que nada desagradable le ocurra a su familia. Apenas lleguemos a Jefatura ordenaré que un «policeman» monte la guardia en el portal de su vivienda hasta que el caso sea resuelto. Tome mi tarjeta. A su jefe, en teléfonos, dígale que hable conmigo. En cuanto a ustedes… —el oficial y el aprendiz que habían escuchado en silencio el diálogo se aproximaron al inspector —. Continúen su trabajo. Sus declaraciones no dejan lugar a dudas. Suerte, muchachos.

Hizo una seña amistosa a los del coche de la Patrulla Móvil y, en el taxi, regresaron al domicilio de Sanderson. No había novedad desde su marcha.

—¿Cuáles son sus proyectos, Dixon?

—Continuar las investigaciones en torno a los Toombs. Todo crimen tiene un móvil y es lo que primero hemos de encontrar.

—¿Quiénes eran los amigos de ese hombre?

—Ninguno, al menos que sepamos.

Plummer cesó de interrogar al inspector. ¿Y si se vengara de los que, anticipándosele, le impidieron apoderarse del diamante? ¡De nuevo tratando de engañarse! Deseaba encontrar a Dorothy.

—¿Posee una fotografía del padre y la hija?

—Sí. La encontré en un marco, sobre la mesa de trabajo. ¿Para qué la quiere?

Harry fijó su mirada en el inspector antes de decidirse.

—Le parecerá extraño, pero voy a ayudarles. Mis amigos quizá me den una pista. Es posible que yo consiga más que la policía.

—¿A cambio de qué su colaboración?

Plummer sintió tentaciones de contestar bruscamente a Dixon. Se contuvo. Le necesitaba para dar apariencia de legalidad a la busca de la muchacha.

—Me estoy volviendo romántico, Alexander. ¿Rechaza mi oferta?

—No. Aquí tiene lo que pide. Mandé sacar copias en el gabinete

fotográfico. ¿Ya se va?

Harry que ya había guardado la cartulina, despidióse de los del Yard con un cordial saludo de su mano derecha. Desde la puerta, repuso:

—No se deben perder segundos. Temo que rescatemos un cadáver de manos de esos miserables. El rapto quizá haya afectado a la salud de Dorothy.

Temblaba un poco la voz de Plummer. Irving Reid, acercándosele, le tendió su diestra en un gesto espontáneo:

—Suerte. Llámenos apenas averigüe algo y no olvide que a no justificarse plenamente la propia defensa es peligroso matar en Inglaterra a nadie, aunque sea a un criminal. No le aconsejo el uso de armas.

—Gracias. Procuraré recordarlo. No tardarán en tener noticias mías.

Con semblante preocupado, Harry alcanzó Piccadilly Circus, donde se detuvo.

Invirtió la tarde entre un restaurante y un cinematógrafo. Al obscurecer dirigióse a su domicilio para, del doble fondo de un maletín, extraer una «Browing» que introdujo en el bolsillo de la gabardina, junto con un puñado de proyectiles. En una funda, que ató a su muñeca, puso un afilado puñal de forma que, con un brusco movimiento, el mango le cayera en la palma de la mano. Lo que se proponía hacer era arriesgado y necesitaba tomar precauciones.

Antes de salir de su departamento miró el retrato. La joven, extraordinariamente bella, parecía decirle algo con su expresiva mirada.

Plummer se sonrió, conmovido de sus pensamientos. Dorothy, tal vez el Destino, le hizo descubrir su segunda e ignorada personalidad.

Paseó por Londres, que a las nueve de la noche, cubierto por la niebla, estaba silencioso. Interrumpido el tráfico de superficie, eran pocos los que se aventuraban a extraviarse entre la bruma que penetrando en los pulmones, recrudecía viejas enfermedades siendo el azote de asmáticos y cardíacos.

Penetró en un bar de estilo americano y, acomodándose en uno de los taburetes situados en el mostrador, pidió una ginebra seca. En uno de los laterales un vendedor de periódicos voceaba su

mercancía. Harry se le aproximó para pedirle un ejemplar de cualquier diario.

—No me queda ninguno señor. Todas son revistas. Buen chasco se llevaron los ladrones.

—¿Qué ladrones? —inquirió Plummer extrañado.

—Los del diamante. Era falso. El verdadero está bien guardado. ¿Qué me da, señor?

—Cinco chelines. Ingéniatelas para que yo pueda leer esa noticia.

Harry regresó a su asiento. Segundos después el muchacho le llevaba un ejemplar del «The Times».

—Es el de la oficina, un extraordinario que me lo han arrebatado de las manos. ¿Me lo devolverá para ponerle en su sitio?

—Pierde cuidado.

Se abstrajo en la lectura del reportaje que, en primera plana, dedicaba un redactor al suceso del *Bank of England*, deteniéndose complacido en dos párrafos.

> «Las autoridades convencieron a los directivos de la Corporación de Diamantes para que un experto fabricase una copia exacta. De este modo mientras una piedra sin valor entraba custodiada en Londres, la gema auténtica, portada por el Comisario jefe de Scotland Yard, era depositada en la caja fuerte del Banco Nacional.
>
> »Lo único lamentable de la jornada de hoy es el elevado número de víctimas, dos muertos y cuatro heridos, y el saber que los honrados ciudadanos se hallan a merced de un grupo de delincuentes extranjeros. Los coches utilizados en el asalto fueron robados y llevaban falsas matrículas oficiales. El autogiro no ha podido encontrarse aún».

Plummer dejó el periódico en el mostrador, sintiendo que un gozo inmenso invadía su alma. Los asaltantes le evitaron arriesgarse.

Su sonrisa era tan amplia que uno de los dependientes se le quedó mirando con extrañeza.

—Sírvame otra ginebra.

Media hora después, tras devolver el periódico, Harry dirigióse despacio al suburbio sur del Támesis. No temió que la niebla le desorientara, pues seguía el curso del río.

A las diez y veinte minutos penetró en la taberna donde le aguardaban sus cómplices en el frustrado asalto. Tratábase de uno de los muchos tugurios, refugios de gentes de mal vivir y pesadilla de las autoridades. El local se hallaba repleto de un público heterogéneo, predominando los descargadores del River Thames y las mujeres pintarrajeadas que, unas a comisión y otras simplemente por el placer de embriagarse, recorrían las mesas para aumentar las consumiciones de sus amigos.

El dueño del local, un hombre grueso, de rostro ancho y cejas unidas, dijo a Plummer:

—Diles que salgan. Tu mujer y Rogers deben quedar al margen de lo que me propongo hacer. Peter y James me guardarán las espaldas.

—¿Algún nuevo asunto?

—Sí.

Harry se acomodó en una de las mesas rechazando la compañía de dos mujeres que intentaron acercársele. El tabernero le llevó una copa de ajenjo.

No tardaron en reunírsele James Smith y Peter O'Shane, productos típicos de los bajos fondos londinenses.

—Hola, Plummer —dijo el primero—. Esta mañana tuvimos suerte.

—No es de eso de lo que quiero hablaros. ¿Puedo contar con vosotros?

—Desde luego —repuso Peter—. Tú nos has dados a ganar muchas libras sin apenas riesgos.

—¿Qué dices, James?

—Igual que O'Shane. ¿Cuáles son tus proyectos?

El interrogado guardó silencio unos minutos. Necesitaba a aquellos hombres. ¿Accederían a arriesgarse en una aventura sin más provecho que…?

—El botín no existe. Posiblemente encontraremos una bala en nuestro camino. Unos tipos, creo que los mismos de esta mañana, han raptado a mi novia.

—¿Quién es esa chica? Nunca te vimos con ella.

—No quise traerla aquí. ¿La conocéis?

Mostró el retrato.

—Tú no eres el tipo que la acompaña.

—Es su padre. Le mataron. Quiero averiguar quién le conoce para, siguiendo la pista, encontrarla. Vuestra misión será guardadme la espalda. ¿Tenéis pistolas?

—Nunca nos separamos de los «cacharros».

—Espero vuestra contestación. Si aceptáis hacedlo sinceramente, sin reservas.

—¿Lo dudaste?

—¿Cómo te vamos a dejar en la estacada? Te ayudaremos. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo. Vigilad —Plummer, poniéndose en pie, repitió tres veces en alta voz—. ¡Silencio!... Tengo un buen negocio para vosotros. Tres libras al que me diga algo del hombre o la mujer de esta foto.

En la taberna se hizo el silencio y la cartulina empezó a correr de mano en mano. Todos la miraban haciendo gestos denegatorios. El retrato llegó de nuevo a Harry y, segundos después, se reanudaban las conversaciones.

—¿Dónde vamos? —inquirió Peter, al ver levantarse a Plummer.

—A repetir idéntica operación en todos los tugurios del Támesis.

A la una de la madrugada, los tres hombres, en un establecimiento de bebidas con ínfulas de «cabaret», se miraron, ante una botella y vasos mediados de vino.

—El fracaso ha sido completo —dijo James.

—Sí —reconoció Harry—. A no ser que...

—¿Aun confías?

—Tal vez haya llegado a nuestros enemigos la noticia de que un hombre investiga en torno a sus víctimas. En ese caso intentarán liquidarme o apoderarse de mí. Saldré solo y me seguiréis a corta distancia. La niebla nos ayuda. Me dejaré capturar. Pongo mi vida en vuestras manos.

Peter O'Shane y James Smith intentaron en vano disuadir a su camarada de tales propósitos.

—No es improbable que disparen sobre ti sin avisar.

—Vosotros me vengaréis.

Plummer, luego de abonar el importe de lo consumido,

abandonó la taberna. En las proximidades del Támesis la niebla era aún más espesa, un denso y húmedo tapiz.

Durante unos minutos, tensos los nervios, anduvo por la mal empedrada calle. Lo que esperaba no iba a tardar en suceder. Varias sombras se abalanzaron sobre él, apresándole por los brazos, y una voz la conminó:

—¡No te muevas!

La presión de un arma de fuego en la espalda convenció a Harry de que sus enemigos eran hombres dispuestos a matar. Notó que unos dedos ágiles se apoderaban de su pistola, registrándole. Por fortuna no le encontraron el cuchillo, oculto en la manga.

—No intentes escapar. Corre más una bala que tú.

—¿Quiénes sois?

—Podemos darte noticias de los que tanto te interesan. ¿No nos buscabas?

—Efectivamente. ¿Vais a conducirme con Dorothy?

—Veremos.

¡No habían negado ser los autores del secuestro ni demostraron sorpresa al oír el femenino nombre! ¡Estaba en la verdadera pista! Pese a la incertidumbre de su futuro, Plummer sintió que el corazón le palpitaba con mayor fuerza al recuerdo de la muchacha. ¿Y si James y Peter perdían su rastro? Fiaba en su estrella.

Sujeto del brazo por unos dedos que se clavaban en su carne como tenazas, Harry, rodeado de hombres, a los que adivinaba por sus toses, anduvo largo rato hasta penetrar en el portal de una casa contigua a los muelles del River Thames. Ascendieron por una carcomida escalera, iluminada con una bombilla de poca potencia hasta desembocar en una estancia donde el prisionero pudo ver a los que le custodiaban. Eran cuatro individuos y sus edades oscilaban entre los treinta y los cuarenta años. Por sus ademanes, dedujo que se hallaban habituados a enfrentarse al peligro y la muerte.

Sin cruzar palabra, le condujeron a una habitación totalmente en tinieblas. Plummer, con un estremecimiento oyó cerrarse a su espalda la puerta. ¿Qué iba a suceder?

CAPÍTULO VI

La obscuridad, el silencio, el temor a lo desconocido y la idea de que la muerte podía llegarle de forma imprevista, excitaron los nervios de Plummer. Lejano, oíase el ruido de gotas de agua, procedentes, quizá, de la rotura de un canalón.

Quiso retroceder para apoyar su espalda en la pared. Una voz bronca le inmovilizó:

—¡Quieto! Le estoy viendo como si fuese de día, con un reflector de luz negra. ¿Qué es lo que le une a los Toombs?

—Dorothy es mi novia —mintió Harry.

—Lo siento por ella y por usted. No puedo consentir que nadie se cruce en mi camino.

—¿Cuál es su camino?

Oyóse una risa ahogada que fue extinguiéndose lentamente hasta cesar por completo. Plummer sintió toser a un hombre. ¡Si pudiera saltar sobre él! Fue a moverse y...

—Lo de la luz negra no es una fantasía. Es la última vez que le aviso. La próxima dispararé, adelantándome a mis hombres.

—¿Piensa matarme?

—Sí.

La afirmación, hecha sin dramatismos, sencillamente, era una mortal sentencia. Plummer, que deseaba ganar tiempo dijo:

—No me importaría trabajar para usted si me devuelve la novia. Conozco Londres como la palma de la mano y sé de lugares donde se ocultan miles de libras. Carezco de organización para apoderarme de ellas. Le será útil.

—No lo dudo. Nada tengo contra esa chica excepto que la Metropolitana quiere interrogarla. Sus declaraciones comprometerán demasiado a un buen amigo.

—¿A Sanderson? —le interrumpió Harry.

—El mismo.

—Su culpabilidad es manifiesta. ¿No lee los periódicos? Nadie duda en Londres de que el psiquiatra mató a Richard Toombs hiriendo después a su hija. Algunos compañeros de William abogan

por su inocencia. Nadie les escucha.

—Lo sé.

—¿Acaso cree que Dorothy puede demostrar lo contrario? ¿Por eso la ha secuestrado?

Había lanzado su hipótesis al azar, en espera de una respuesta que no llegó. La risa de la vez anterior aumentó de volumen, agudizándose. Plummer notó que un frío extraño recorría sus venas. Más que un síntoma de regocijo aquella risa le recordaba la de un perturbado. De nuevo se hizo silencio.

—Esa muchacha ha de acompañar en breve a su padre. No es justo separar a dos personas, mejor dicho a tres. Ella aún me puede ser útil. Su novio no. Es innecesario correr riesgos cuando una bala allana las dificultades ¿Tiene algo importante que decirme?

—Sí; quiero verla.

—Imposible. Salga.

Sonó un timbre en el exterior y la puerta de la estancia, al abrirse, dio paso a dos «gangsters».

—¿Cuáles son sus órdenes, jefe? —inquirió Fred Dermont.

—El Támesis no está lejos. Conviene que parezca un accidente. Ya sabe lo que ha de hacerse.

—Descuide.

Harry, entre los cuatro hombres armados que le capturaron, consideróse perdido. No obstante se esforzó en mantenerse sereno. ¡No moriría sin defenderse!

—¿Tenemos tiempo de fumar un cigarrillo? Después de la entrevista en el «cuarto de los misterios» preciso tonificar mis nervios.

Rezumaban ironía las palabras de Plummer. Fred Dermont le autorizó:

—Siéntate. En ausencia del «boss» yo soy quien manda. Te concederemos esa tregua. De aquí al Támesis no nos separan más que unos metros.

El condenado introdujo su diestra en el bolsillo lateral de la americana para extraer un paquete de cigarrillos, que repartió entre sus verdugos.

—¿Sois americanos? La pregunta es absurda. Se os conoce a la legua. Supongo que no tendréis permiso de residencia.

—Te equivocas. Poseemos pasaportes hábilmente falsificados.

Eres el primero a quién se lo digo en la certeza de que nuestro secreto morirá en el Támesis. En los Estados Unidos los Federales se habían puesto excesivamente tercos y tuvimos que salir del país. Vinimos a Inglaterra, el país donde ni los guardias ni los miembros del Departamento de Investigación Criminal usan armas. ¡Un verdadero paraíso!

—¿Quién es el hombre que dictó mi sentencia?

—Lo ignoro.

—¿De veras?

—Sí. Ya hablamos bastante. ¡En marcha! Te voy a dar un consejo. No te resistas cuando te introduzcamos la cabeza en el agua. No conseguirás más que prolongar tu agonía. Una vez muerto te soltaremos río abajo. No habrá señales en tus muñecas ni tobillos. ¿Quién podrá culparnos de asesinato?

Fred Dermont asió a Harry de un brazo y otro individuo hizo lo mismo en el lado contrario. Los restantes malhechores, amartillando los revólveres, se colocaron a su espalda. ¡Imposible huir!

En la calle, la niebla, al azorarle el rostro, recordó a Plummer su próximo e inminente fin. ¿Le habían abandonado James y Peter? Si consiguiera que Fred Dermont aflojara un segundo la presión ejercida en su brazo derecho, podría esgrimir el cuchillo. No era tan necio como para hacerse ilusiones. Consideraba más piadosa una bala que la muerte por asfixia.

Pensó en Dorothy, en Alexander Dixon, en Irving Reid y en el doctor William Sanderson, cuatro protagonistas de una tragedia que le iba a costar a él la vida.

Al percibir el ruido, producido por las aguas del Támesis en su carrera al mar, se detuvo, no consiguiendo otra cosa que un brusco empellón.

—No te molestes en gritar. Los muelles están desiertos. Aunque alguien te oyera tardaría en localizarte. Aquí la niebla es más espesa que en el resto de Londres. Llevo la porra al alcance de la mano. Apenas abras la boca te golpearé.

—Sé perder —repuso Harry, en espera de su oportunidad—. ¿Me has confundido con una histérica? Yo de vosotros tomaría más precauciones. Pueden acudir en mi socorro.

—¿Quiénes? —inquirió, con sorna, Dermont—. ¿Pretendes asustarnos?

El grupo llegó al borde del río, junto a unas escaleras de cemento que se internaban en las aguas. Al descenderlas, estrechamente custodiado, Plummer concibió la idea de desasirse y buscar la salvación en el Támesis.

Fred, cual si adivinara las intenciones de su víctima, apretó más su mano en torno al brazo de Harry.

La hora de morir había sonado sin que Peter O'Shane ni James Smith hicieran nada por salvarle. ¿Perdieron su pista o, por el contrario, se retiraron considerando absurdo arriesgarse?

Plummer notó en sus pies la frialdad del agua. Una mano le cogió del cuello con salvaje violencia, impulsando su cabeza hacia delante. Quiso resistir y no consiguió sino un golpe en las espinillas que le obligó a arrodillarse.

¡El final era llegado! No le consoló la idea de que el inspector Dixon le vengara. Tal vez tardasen semanas en encontrar su cadáver. Si la niebla no cesaba quizá la corriente le condujera al mar.

¡Vivir! Fue un grito del alma, un alarido del instinto. Se contorsionó de forma inesperada, empujando con el codo a Fred Dermont, que, sorprendido, aflojó un instante sus dedos. Ello bastó para que Harry lograse empuñar el cuchillo propinando una feroz puñalada a una de los pistoleros que, porra en alto, se disponía a asestarle un golpe. Vio que un revólver le encañonaba y un fogonazo iluminó fantásticamente la noche…

* * *

Alexander le imitó, dirigiéndose en un taxi a las oficinas del Distrito… En el interior del coche, el inspector «júnior» preguntó a su jefe:

—¿Es sincera su hostilidad contra Harry?

—Soy enemigo de cuantos se colocan fuera de la Ley. Ese hombre me irrita por su inteligencia. Nunca se le pudo probar nada. No es un malhechor como los que acostumbramos a tratar. ¡Si hubiera empleado su cerebro en algo más útil que en desvalijar al prójimo habría sido mejor para él y para la sociedad! A usted le es simpático, ¿me equivoco?

—No. Me gustaría ayudarle. Tiene buenos sentimientos. Creo que la Ley no debe limitarse a aplicar castigos por delitos

cometidos. También ha de procurar la recuperación de almas para el bien.

—Con Plummer es imposible. Ya sé que ahora les inculcan esas ideas en la Academia. El que delinque una vez lo hará hasta que la justicia le separe de los honestos ciudadanos. No es preciso que me responda. Sé que piensa que estoy curtido en la escuela antigua. Celebraría que tuviese usted razón.

No hablaron más hasta no hallarse en el despacho de Alexander, donde cambiaron breves impresiones acerca del rapto de Dorothy. Después, Dixon se puso en comunicación telefónica con el Comisario del Distrito.

—Acabo de llegar, señor. ¿Puede recibirme?

—No. Estoy redactando un informe. Le felicito por su obediencia. Tuvo mucho trabajo frente al «Bank of England»? Los malhechores huyeron por el lugar a usted asignado. ¿Qué diablos estuvo haciendo?

—¡Dormir! —fue la seca y malhumorada respuesta—. Me acunó mi ayudante.

Al otro lado del hilo hubo un largo silencio. Luego, la voz del comisario sonó con visibles acentos de irritación.

—Todavía no me explico por qué no le he expulsado del Cuerpo, Alexander. Lo haré un día de estos. ¡Le exijo la verdad!

—Es la que le he dicho.

El inspector hizo un resumen de lo acaecido en el domicilio de William Sanderson, sin omitir el rapto de la muchacha ni la intervención de Harry Plummer.

—Ello quiere decir que hemos retrocedido en las investigaciones. ¿No es así, Dixon?

—En efecto. Son ya dos las caricias que me han hecho mis enemigos y espero devolvérselas en breve.

—¿Cómo?

—Encontraré el medio de dar con esos hombres.

—Procure hacerlo pronto. La opinión pública va a echársenos encima.

—¿Por lo del diamante?

—Era falso. El verdadero está en sitio seguro. Se va a ordenar en breve una revisión de pasaportes de todos los norteamericanos residentes en Inglaterra. No podemos permitir que conviertan

Londres en una sucursal de Chicago. ¿Necesita algo de mí, Alexander?

—Permiso para llevar una metralleta y dispararla. Si insiste en que nos dejemos matar convoque nuevas plazas o el Departamento tendrá que disolverse por falta de hombres.

Dixon aguardaba una dura réplica que no se produjo. El comisario, tras una Larga pausa, prometió:

—Cursaré su demanda. Había pensado en ello. Celebro que coincidamos por una vez. Antes de marcharse pase por mi despacho.

—A la orden.

Alexander colgó el auricular, encarándose con su subordinado, que sonriente, dijo:

—Creo que son muchos los que piensan como nosotros. Imaginé una airada respuesta y no una autorización moral.

El inspector Dixon, tomando de nuevo el auricular, dictó al gabinete telegráfico la descripción dada por Ervin Sinke, el chofer de la Compañía Telefónica, acerca del aspecto físico de los raptores de Dorothy Toombs.

—Que sea radiada a los coches de la Patrulla. No importa que se enteren los periodistas. El pueblo de Londres debe cooperar en la captura.

Encendió un habano recostándose en un sillón de trabajo. Irving Reid no tuvo necesidad de pronunciar el nombre para que su jefe le entendiera:

—¿Nos llamará como prometió?

El recuerdo de los dos miembros del Yard se centraba en Harry Plummer…

CAPÍTULO VII

El condenado a una horrible muerte esperaba sentir en su carne la desgarradura del proyectil, el quemazón del plomo, el desmayo de quien va a enfrentarse con el Supremo Juez. No sucedió así. El que portaba el arma se desplomó cual herido por una mano invisible mientras un segundo disparo atronaba el espacio. El «gangster», que, con Fred Dermont, inmovilizaba a Plummer se encogió, apretándose el vientre con ambas manos.

Harry oyó una voz bien conocida:

—¡A ellos, Peter!

Dos sombras se abalanzaron contra el único malhechor vivo que considerando desesperada su situación, se arrojó al Támesis, perdiéndose entre el agua y la bruma.

Plummer, recobrado milagrosamente a la vida, hubo de contenerse para no abrazar a sus camaradas. Jamás se vio tan cerca de la Eternidad.

—Actuasteis a tiempo. Un segundo de retraso y...

—Estábamos proyectando la forma de entrar en la casa cuando te sacaron. Es gente que no acostumbran a perder minuto. Aguardamos la mejor oportunidad para atacar. Dos hombres se ocupaban exclusivamente de ti y los otros te miraban. Comenzamos a bajar la escalera cuando tú iniciaste la defensa. Lo demás ya lo sabes. Antes de que acertaran a defenderse habíamos liquidado a dos tipos. Tú lo hiciste con el tercero. ¡Lástima que el otro huyera! ¿Qué hacemos ahora?

—Por lo pronto alejarnos de aquí antes de que acuda algún «policeman» atraído por las detonaciones. Después...

Dejó la frase incompleta mientras se agachaba en busca de su «Browning». Una vez que la tuvo entre sus manos, inició el ascenso de la escalera del muelle.

—¿Dónde vamos Harry?

—A cazar al jefe de la cuadrilla de malhechores. Estuve hablando con él. Llevad los revólveres dispuestos.

—Buena idea.

La distancia era tan corta que invirtieron unos instantes en alcanzar el edificio en el que Plummer permaneció prisionero. La puerta estaba abierta y en ella paseaba un hombre. Peter O'Shane, a una indicación de Harry, se acercó a él encañonándole con su arma antes de que el «gangster» pudiera comprobar si se trataba o no de uno de sus camaradas.

Un culatazo de James le sumió en la inconsciencia.

Con paso de lobo, sigilosamente, atravesaron el vestíbulo para subir al piso primero. En el rellano de la escalera dos individuos jugaban a los dados en el suelo. Al ver a los que llegaban incorporáronse con asombro. Uno inquirió:

—¿Quiénes sois?

—Ahora los más fuertes —repuso Harry—. ¡Quieto!

Pero el «gangster» que había preguntado quiso esgrimir su arma. El disparo sonó como un trallazo y una mancha roja fue ensanchándose en el pecho del forajido, mientras del revólver de James Smith surgía una leve columna de humo.

—¡Adelante! —mandó Plummer.

El compañero del muerto fue derribado de un golpe en la mandíbula.

Ya sin precauciones, Harry, James y Peter penetraron en la estancia contigua al cuarto en el que, en tinieblas, fue interrogado. Plummer dio una patada a la puerta arrojándose inmediatamente al suelo. Nadie hizo fuego. Con su linterna, iluminó un despacho colonial. Al fondo un reflector de luz negra y sobre la mesa unas gafas especiales, de las usadas por los alemanes durante la guerra.

—¡El pájaro ha volado! —comentó Peter.

—Veamos si es cierto. Quédate montando la guardia en el portal. Por todos los medios evita que nadie salga. James y yo registraremos el edificio.

Harry tenía la esperanza de encontrar en la casa a Dorothy. No fue así. Las restantes habitaciones estaban vacías, sin ni siquiera muebles.

Al reunirse con Peter O'Shane, Plummer vio con disgusto que junto a su amigo yacía un «policeman» privado del conocimiento.

—Entró y hube de golpearle. Lo hice sin mucha fuerza. No tuve más remedio.

—Lo comprendo. Huyamos. El «cop» avisará a sus camaradas

cuando recobre el sentido. No ha sido mala la noche, aunque sin el fruto deseado.

En una taberna próxima cambiaron impresiones sobre el futuro.

—A partir de ahora estamos en guerra a muerte contra la organización criminal americana. Conviene que no nos dispersemos. Venid a casa. Mañana averiguaré cuál es el criterio de la policía con respecto a nuestra actividad.

Peter y James asintieron, y los tres hombres, en el ferrocarril subterráneo, se dirigieron al domicilio de Harry.

* * *

El teléfono repicó con insistencia en el despecho del inspector Dixon que, adormilado, tardó unos segundos en reaccionar. Con voz cansada inquirió:

—¿Qué hay?... ¿Cómo?... —en un segundo se le disiparon los efectos del sueño—. Voy ahora mismo... Sí... Tiene razón... No será tan fácil como parece. No se mueva de allí... En efecto... Soy el que lleva el caso —colgó para tomar de nuevo el auricular y ponerse en contacto con su ayudante—. ¿Irving?... No falló mi corazonada... Vaya directamente al muelle catorce. Al parecer hay tres muertos. El «policeman» de servicio oyó disparos. Cuando se inclinaba sobre las víctimas nuevas detonaciones le hicieron dirigirse a la calle de Malton. Allí le agredieron. Al recobrar el conocimiento estaba solo. En el piso superior había el cadáver de un cuarto «gangster». El comisario Ravenal es el que se ocupa del robo del diamante y nosotros de lo ocurrido a los Toombs. Posiblemente nos encontraremos con el jefe... Sí... También he pensado en Harry... Lo sentiría por él... No tarde.

En el vestíbulo dormitaban varios «cops» que, al sentir pasos se incorporaron con respeto.

—¿Hay algún chofer?

—No, inspector —repuso un sargento—. El comisario les dijo que se retirasen. No es solo la niebla la que obstaculiza el tránsito. Los propietarios han dejado sus coches en los sitios más inesperados ante la imposibilidad de seguir adelante. Los puentes sobre el River Thames no permiten más que el paso de peatones y...

—No siga. Veo que tendré que ir a pie o...

Dejó la frase incompleta. Sí, su idea era buena y la única

factible. Una lancha patrullera le dejaría en el muelle catorce.

Como esperaba, el oficial de la Comandancia, le dio toda clase de facilidades y media hora después, Alexander se hallaba en el lugar del suceso. Se asombró al ver a Irving conversando con Andrew Ravenal.

—A sus órdenes, comisario. ¿Cómo tan pronto, Raid?

—Me eché vestido, esperando su llamada. Pensé en el Támesis como único medio de transporte. Acabo de llegar. Los pasaportes de estos hombres parecen en regla. Hay dos «cops» en lo alto de la escalerilla, en constante vigilancia. Hemos de procurar que los cadáveres no desaparezcan. Tales son las órdenes del comisario.

—Así es —corroboró Ravenal—. Trasladémonos a la casa.

Hallaron el reflector de luz negra y las gafas, que recogieron con sumo cuidado para no borrar posibles huellas.

Tras un minucioso examen del edificio, que les entretuvo hasta el amanecer, los miembros del Yard regresaron a Jefatura, confiando que, en breve, sería posible el traslado de los cadáveres al depósito para un minucioso examen forense.

En los laboratorios oficiales emitióse un informe que hizo palpitar agitadamente los pulsos de Dixon y Reid.

—Las únicas huellas dactilares encontradas en las gafas pertenecen a William Sanderson. Las he confrontado con las de la tarjeta que me entregó su ayudante, inspector.

—Gracias. Puede retirarse.

En el despacho del comisario reinó el silencio. Alexander aprovechó aquella oportunidad para quitarse una espina que llevaba clavada en su conciencia profesional. Mirando a su superior con una sonrisa satisfecha e irónica, dijo:

—En una ocasión me reproché haberme precipitado al acusar al psiquiatra de asesino. A las pruebas que obtuve en el domicilio de los Toombs e, incluso en el suyo propio, hay que añadir esta. ¿Sigue firme en su, criterio, comisario?

—No —repuso el aludido—. Me extraña tanta torpeza en un hombre inteligente.

—Él contaba con esa extrañeza. ¿Manda alguna cosa, señor Ravenal? Necesito hacer unas comprobaciones.

—Nada, Dixon. ¡Buena suerte! Infórmeme de sus avances en las investigaciones. Creo que su caso y el mío acabarán fusionándose,

al menos en lo que respecta a los grupos de acción. No concibo a Sanderson dirigiendo un robo. Él posee una sólida fortuna. El crimen es posible por odio, venganza o locura. El atraco organizado es propio de delincuentes profesionales. Suerte inspector.

—Gracias, comisario.

Ya en la calle Irving inquirió:

—¿Dónde vamos?

—¿No lo supone?

—Sí; a casa de Harry. ¿Por qué no llamarle por teléfono?

Alexander que estimaba a su colaborador, se detuvo en la acera.

—¿Pretende darle tiempo a ocultar las armas, si es que las posee? Sospecho de él como autor de la matanza de anoche.

—Yo también. Por eso lo digo.

—Es muy antirreglamentario, Irving, Temo que no llegue a comisario o que le degraden como a mí.

—Es posible. Nadie debe tomarse la justicia por su mano. Sin embargo, la única forma de dialogar con nuestros enemigos es a tiros. Hay que matar, morir o, lo que hicimos nosotros, poner la cabeza para que nos golpeen. La eficacia del F.B.I. estriba en dar a los fuera de la ley el trato que se merecen. Imagínese Scotland Yard en Chicago en la época de Al Capone.

—Aquí no estamos en Chicago.

—De no actuar con energía los malhechores nos rebasarán. Aumenta la delincuencia. ¿Cómo corregirla? No es con el «látigo de siete colas», sino con modernos métodos. Es necio dar un salto atrás. Hay que dominar las situaciones con arreglo a la época en que vivimos. No me agradaría encarcelar a Plummer por lo que a mí me hubiese gustado hacer. Y conste, inspector, que no me considero un criminal.

Prosiguieron el camino. Aunque muy lentamente.

La niebla comenzaba a ser menos espesa. En un bar, próximo al edificio de la «BBC», tomaron una taza de té y unos bocadillos. Luego, por Marylebone Road, llegaron a Baker Street, en cuyo número 32 habitaba Harry Plummer, que les recibió en pijama.

—¡Tanto bueno por esta casa! Pasen ustedes.

A través de un estrecho pasillo les condujo a un comedor en el que desayunaban, en mangas de camisa, James Smith y Peter O'Shane. Los dos hombres se incorporaron con más cortesía que

agracio. Dixon cruzó una rápida mirada con su ayudante.

—Sentimos molestarles —dijo con voz que denotaba no ser sinceras sus palabras.

—Nada de eso —contestó con amabilidad Plummer—. Debieron avisarme. Les hubiera tenido preparado té. Solo puedo ofrecerles ginebra. ¿Les apetece?

—A mí no.

—¿Y a usted, Irving?

El interpelado, con gesto cordial, denegó también.

—Depende de los derroteros que tome el diálogo. Tengo prohibido beber en acto de servicio.

La expresión de sorpresa de Plummer fue tan real que desconcertó al inspector.

—¿Es visita oficial? Siéntense. Me tienen a sus órdenes para todo lo que se relacione con Dorothy. Estos amigos, a los que no les presento porque ya les conocen, han prometido ayudarme a encontrar a mi novia. ¿Se trata de ella?

Hizo un guiño significativo a Dixon y a Reid, que comprendieron.

—En parte nada más. ¿No le importa contestar a unas preguntas?

—Lo haré con sumo gusto. No me obliguen a permanecer en pie.

Los del Yard acomodáronse en las sillas que Harry les indicaba. Alexander comenzó:

—¿Dónde estuvo anoche?

Harry, sin inmutarse, prevista la coartada, repuso:

—En una taberna del suburbio sur del Támesis. Su propietario lo testificará. A las once vinimos a casa. Propuse a mis amigos una partida de naipes y aceptaron. Deseaba solicitar su colaboración. Nos acostamos a las dos y media de la madrugada despertándonos hace un rato.

—¿Les vio entrar el portero?

—Es un viejo que dormita siempre. ¿Le interesa una prueba de lo que afirmo? Voy a dársela —con seriedad, Plummer se incorporó sacando un frasco de ginebra vacío y otro mediado—. Aquí la tiene. Nos bebimos lo que falta.

—Hace mal en bromear, Harry. Su situación es bastante delicada. Anoche, en el suburbio sur del Támesis, alguien mató a

cuatro hombres. ¿Fue usted?

—¿Me confunde con Míster Palmer?[1] ¿Por qué había de eliminar a esos desconocidos?

—Son «gangsters» americanos, quizá los mismos que raptaron a Dorothy.

El semblante de Plummer reflejó vivo estupor.

—¿Y eso le preocupa? Cuatro reptiles menos. En los Estados Unidos son frecuentes las batallas de «gangs».

—Aquí no hay «gangs» —afirmó el inspector.

—Yo de usted lo dudaría —opuso Plummer—. Los hechos han demostrado lo contrario. Tome ginebra. La jornada empieza con una buena noticia.

—¡No bebemos! —negó secamente Alexander.

—Nosotros sí.

Harry, con despreocupación vertió licor en tres vasos ofreciendo dos de ellos a sus camaradas. Dixon, poniéndose en pie, dijo:

—¿Le importa que registremos? La presencia de sus amigos no es tranquilizadora. Tienen un amplio historial en el Yard. Pudieron dar anoche la primera batalla y ganarla.

Plummer, que hasta entonces había sonreído, se encaró con el inspector:

—Veo que es imposible dialogar cordialmente con usted. ¡Defina su posición! A título oficial tiene un derecho: pedirme que le acompañe a Jefatura y someterme a un interrogatorio; pero no a permanecer en mi casa e intentar registrarla sin permiso del juez. Le han vapuleado ya otras veces, Alexander. No me obligue a ordenarle, como Sanderson, que permanezca erguido. No di la batalla a que se refirió antes. ¡Eso corresponde a las autoridades, si es que no les da miedo enfrentarse a las ametralladoras!... —Plummer cambió el tono de voz—: No sea soberbio, Dixon. Para demostrarle que soy un auténtico colaborador de la ley, proceda como se le antoje. Deshaga los colchones o rompa los armarios. Solo quise demostrarle que conozco mis derechos. ¿Ahora que se lo permito, duda?

El inspector desconcertado, mordióse los labios. Irving Reid fue en su ayuda:

—Sírvame esa copa, Harry. El señor Dixon y yo nos hallamos algo nerviosos. Antes, al referirse a William Palmer, demostró

conocer la historia de nuestra patria. En Londres siempre hubo crímenes, como en todos los países del mundo. Sin embargo, jamás conocimos un desate de bajas pasiones como el que nos abruma. Unos días antes de que usted encontrara a Dorothy Toombs, dos jóvenes Dereck. Bentley y Christopher Craig mataban a un «cops».

—Conozco el caso. Continúe.

—Poco falta. Ha de disculparnos. Vinimos a averiguar si usted intervino en esa refriega, a conocer sus proyectos y a exponerle los nuestros. ¿No es así, Dixon?

El aludido hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Aún humillado su amor propio reconocía que tal modo de comportarse era el único posible. Maldijo íntimamente a unas estúpidas leyes que colocaban a las autoridades en inferioridad ante los malhechores.

Plummer tendió la ginebra a Irving, ofreciéndole cigarrillos. James Smith y Peter O'Shane, que escuchaban sin intervenir, miraron asombrados a su compañero. ¡Les resultaba increíble que osara enfrentarse con el temido inspector Dixon!

—¿Consideran que puedo ayudarles en algo?

—Sí —repuso el inspector «júnior»—. Conoce las teorías del Yard, basadas en declarar culpable a William Sanderson ¿Cuáles son las suyas? Para mí existen muchos puntos obscuros. Le referiré lo averiguado anoche para que me responda con conocimiento de causa.

Cuando Irving hubo terminado, Harry tamborileó con los dedos en el tablero de la mesa.

—Una prueba más —comentó—. Al parecer concluyente.

—En efecto.

—Bien. Creo que me corresponde hablar a mí. Mi criterio en lo que respecta al asesinato de Richard Toombs y a la herida y rapto de Dorothy es el de…

Muy despacio, sopesando cada una de las palabras, Plummer, con una agudeza que asombró a los miembros del Yard, expuso sus ideas. Al terminar hizo una pregunta:

—¿Seguirán el camino que les he trazado? Aunque me equivoque no tienen dónde elegir. La mía puede ser una posible pista. ¿Saben de otra mejor?

Irving y Alexander denegaron. Harry acababa de sugerirles una

posible verdad. ¿Por qué no comprobarla? ¿Qué pensaría de ello el comisario?

—La gestión ha de hacerse de forma amistosa, cordial, sin imposiciones. Se cazan más moscas con miel que con hiel. ¿Tardaré en saber sus noticias?

—Apenas unas horas. Telefonee a mi despacho a las dos.

—Seré puntual. ¿Ya se van?

Reid y Dixon se habían incorporado. El primero respondió:

—Sí.

—¿Sin registrar?

—¿Para qué? No obstante, Harry, recuerde mi consejo. Las armas son peligrosas. A veces, los proyectiles salen por la culata.

En la advertencia, Plummer adivinó no haber engañado a Irving. Cuando los del Yard abandonaron el piso, comentó:

—Ese chico llegará lejos…

CAPÍTULO VIII

Kingsbury Devoe, vicepresidente del club de Vicent Square, miró a los seis hombres reunidos en junta extraordinaria para tratar de la desaparición del doctor William Sanderson, presidente de la entidad, y de la querella entablada contra el inspector Alexander Dixon por calumnia.

Pese a lo que todos esperaban, las primeras frases de Kingsbury no se refirieron a aquellos dos aspectos del problema sino a un tercero, inédito para los miembros de la directiva:

—Fuera aguardan dos hombres que solicitan asistir a esta reunión. Hablaron conmigo. Desean conocer a los que fuimos íntimos amigos de Sanderson y hacernos unas preguntas. El comisario jefe de Scotland Yard me pidió por teléfono el favor y yo he demorado la respuesta hasta no conocer vuestro criterio.

—¿Cuál es el tuyo? —inquirió Bruce Kearney, secretario del club.

—Nuestro deber es no entorpecer la actividad de la justicia a fin de que la verdad resplandezca y, con ella, la inocencia de nuestro presidente y amigo. Celebraremos la junta en su presencia. Quizá sirva para convencerles de que Sanderson es el hombre más honorable de Inglaterra.

Un murmullo de asentimiento corroboró las palabras de Kingsbury Devoe quien, segundos después, presentaba a sus colegas.

—¿El señor Plummer es también del Yard?

—No —repuso Irving Reid—. Él sostiene que estamos cometiendo un error. Suya fue la idea de visitarles.

El ayudante de Alexander Dixon se acomodó, junto a Harry, en un diván situado en uno de los laterales de la estancia y, en silencio presenciaron el curso de los debates. Bruce Kearney, como secretario, propuso que se elevara un escrito al ministro del Interior acusando de ligereza a las autoridades en sus juicios condenatorios. Kingsbury opuso:

—Aún es pronto. Dejemos que transcurran varios días —el vicepresidente en funciones de presidente volvióse a Irving—. La

sesión ha terminado. ¿Qué le gustaría saber?

Harry Plummer, sin vacilaciones, anticipándose al del Yard, dijo:

—Tengo entendido que el señor Sanderson iba a dar una serie de conferencias, comisionado por el Colegio de Médicos. ¿Me equivoco?

—No —contestó Kearney.

—¿Quién le ha sustituido?

—Yo —repuso el secretario—, con sorpresa por mi parte. Me rodean colegas a quienes considero superiores científicamente.

Hubo algunas cariñosas protestas por parte de los miembros de la directiva, cortadas por las palabras de Plummer:

—¿Todos ustedes son psiquiatras?

—Sí.

—¿A cuál habrían designado para la presidencia de no existir el señor Sanderson?

Bruce Kearney lanzó una carcajada.

—No investigue en ese sentido, señor Plummer. Perderá el tiempo. Los cargos directivos son honoríficos y no dan fama. Constituimos este club, que apenas si cuenta con treinta socios, para agrupar a los especialistas de enfermedades mentales. Con frecuencia cambiamos impresiones, comunicándonos los progresos obtenidos en clínicas, hospitales y sanatorios. De vez en vez se organizan conferencias, siempre sobre psiquiatría. Las puertas permanecen cerradas a los reporteros. Los actos son íntimos, sin publicidad.

—¿Me equivocaría si afirmase que, al faltar el doctor Sanderson, el Colegio de Médicos veríase obligado a recurrir a uno de ustedes?

—No. Son pocos los colegas que no figuran en nuestros ficheros. ¿Dónde va a parar?

—Ni yo mismo lo sé —respondió, con una sonrisa amable, Harry—. Me encuentro entre tinieblas y me aferro a cualquier hipótesis por disparatada que sea. Ha dejado una pregunta sin contestar. ¿Quién será el posible sustituto del señor Sanderson?

Los reunidos se miraron. Bruce Kearney dijo:

—No hemos pensado en semejante posibilidad. Su puesto, reglamentariamente, lo asume el vicepresidente.

—Gracias. Ustedes, por su profesión, investigan en lo más oculto del pensamiento de los hombres e, incluso, pretenden hacerlo en las

almas. ¿A qué atribuyen el aumento de la delincuencia?

El silencio fue largo. Luther Taper, uno de los directivos, replicó con jovialidad:

—Su pregunta justifica una serie de conferencias, pero voy a contestarle con un chiste ya olvidado. Una niña de siete años, alumna de una escuela moderna, al ir a levantarse comenzó a toser. Su madre, que la ayudaba a vestirse, la dijo: «Estás enfriada. Quédate en la cama. Telefonearé al colegio». Entre golpe y golpe de tos la niña repuso—: «Imposible, mamá. Hoy en la sala de bellas artes, vamos a hacer una vaca de yeso y yo soy la presidenta de la comisión de las ubres».

Todos rieron. Harry Plummer, que encendía un cigarrillo se envaró. Acababa de oír un sonido agudo, proferido por la misma garganta del que, en el suburbio sur del Támesis, lo condenó a muerte.

Clavó sus ojos en el grupo de hombres y la risa cesó en el acto, ahogada, quizá, por la burlona exclamación de Kingsbury Devoe:

—¡Ingeniosa anécdota! ¿Queda complacido, señor Plummer?

—Sí. ¿Tiene algo que preguntar, Irving?

—Todo lo ha hecho usted, y muy bien por cierto. Tan solo me resta expresarles mi gratitud. Acaban de prestarnos un valioso servicio.

Kingsbury Devoe les acompañó hasta el ancho vestíbulo en el que Harry y Reid estrecharon cordialmente su mano.

Al descender por la ancha escalera de mármol que comunicaba el club con Vauxhall Bridge Road, los dos jóvenes iban silenciosos. A la altura de la catedral, de Westminster, Irving abordó a su compañero:

—¿En qué piensa, Plummer? Le noto preocupado.

—Lo estoy.

—¿Por qué?

Harry siguió caminando, sin responder. En la confluencia de Buckinham Palace Road y Victoria Street se detuvo.

—¡Es lástima que pertenezca al Yard! Necesito su ayuda y no puedo confiarme a usted.

—No le entiendo. Hábleme a título particular. Le prometo olvidar lo que me diga.

Centellearon los ojos de Plummer. Tendió su diestra al policía.

—Celebro haberle conocido, Reid. Su jefe tiene buen olfato. James, Peter y yo, en una lucha a la desesperada y en propia defensa, liquidamos a esos cuatro miserables —refirió las incidencias de sus investigaciones para terminar—: Era mi propósito hacer un chiste para oírles reír. Luther Taper se me adelantó. Nuestras vidas corren un terrible peligro. No supe contener un gesto expectante.

—¿De quién sospecha?

—Del secretario, Bruce Kearney. Es el que más defiende a Sanderson y el designado para pronunciar una conferencia que le dará renombre internacional. No pasa de ser una hipótesis.

—¿Qué es lo que se propone hacer?

—Se lo explicaré mientras comemos. ¿Tiene preferencia por algún restaurante?

—En absoluto.

—Entonces iremos a Stamford Street. Me entusiasma la cocina italiana.

* * *

Aquella noche Plummer llegó tarde al establecimiento en el que comenzó sus investigaciones acerca del pasado de los Toombs.

—Un «whisky» seco —pidió.

Mientras lo bebía se dijo que era imposible el éxito de tan arriesgado plan. ¿Por qué lo concibió?

—¡Cuidado, Harry! —le previno el dueño de la taberna—. Hay unos «tipos» al fondo que no me gustan nada. Desde que entraste no han dejado de mirarte.

—Gracias. Mándame un doble de ginebra a la mesa de siempre.

Con apariencia distraída, sin mirar en torno suyo. Plummer se acomodó de forma que su espalda quedara protegida, por una de las paredes. Calmoso encendió un cigarrillo. Su pulso no tembló al cruzar su mirada con la de Fred Dermont, el único superviviente de la matanza del Támesis. Le acompañaban dos hombres de fea catadura. No esperaba tanta audacia. Los acontecimientos, quizá, iban a precipitarse más pronto de lo deseado. Fue a ponerse en pie para enfrentarse con sus enemigos. Una mujer se lo impidió:

—Hola, Harry.

—Hola, Betty. No tengo humor de galanteos. Apártate de mí. Es

posible que dentro de unos minutos sea el blanco de tres pistolas.

La recién llegada miró con asombro a su interlocutor. Era una de las muchas mujeres que ruedan por los caminos del vicio, a un previsto final.

—No me importa. La vida tiene pocos atractivos. Me han dicho que ayer preguntabas por un amigo mío.

Harry sintió que un gozo inmenso inundaba su alma. ¿La Providencia iba a brindarle la pista que no supieron encontrar los organismos oficiales?

—Siéntate, Betty. ¿Cómo puedes decir que conoces a un hombre sin haber visto su retrato?

—Lo vio otra persona que, como yo, estaba en tratos con Richard Toombs.

—¿Para qué?

—Había prometido facilitarnos morfina a mitad de precio. No puedo vivir sin la droga. Nos veíamos en un fumadero clandestino del que, al parecer, ese hombre era proveedor. Allí le conocí.

—¿Por qué tal concesión?

—Necesitaba ampliar su negocio. Me pidió una lista de los que en el suburbio sur del Támesis podíamos ser sus compradores. Deduje que operaban en todo Londres. Le prometí hacerlo. Luego no volví a verle. Por la Prensa me enteré de su muerte. ¿Qué me das?

—Tres libras. Era lo pactado. Lamento el destino que vas a darle; pero sé que mis consejos no te servirán de nada. ¿Dónde está ese fumadero? ¿Quién es tu amigo? —la mujer desvió su mirada de la de Plummer—. Nadie sabrá lo que me cuentas. Te daré diez libras.

—Necesito cincuenta.

—Tuyas son. No las llevo encima. Vete mañana por casa. Sabes que soy hombre de palabra. En varias ocasiones te he ayudado casi siempre prestándote dinero. ¿Dudas de mí?

—No, Harry.

—Dime, entonces lo que sepas. Si vale la nena, duplicaré la cantidad. Enciende un cigarrillo. Nadie sospechara de nuestro diálogo. Hemos charlado en otras ocasiones.

Ofreció a Betty su pitillera, pidiendo un nuevo vaso de ginebra.

—Tú no eres como los demás, Plummer. ¿Piensas vengar a ese hombre?

—No. Solo me interesa su hija a la que, luego de herirla, han raptado. Una vez que la liberte me olvidaré de todo. Te lo prometo. ¿Cuáles son las señas de ese fumadero?

—Está en...

—Es imposible resucitar lo que murió. Amar a una mujer por segunda vez equivale a colgarse un cadáver del brazo; peor aún porque el cadáver no hace preguntas necias sobre el pasado y la mujer sí.

Betty no necesitó preguntar la causa por la que Harry, interrumpiéndola, desviaba la conversación. Un hombre se había detenido ante la mesa y, con la diestra en el bolsillo exterior de la americana, les contemplaba en silencio. Con gesto sarcástico, dijo:

—¿Os interrumpo?

Era Fred Dermont. Plummer, sin desconcertarse, aun sabiéndose encañonado, repuso:

—No mucho. Siéntate. En mi mesa hay sitio para los antiguos conocidos.

—Quiero hablar contigo en la calle.

—Tendrás que hacerlo aquí porque no pienso moverme. Me rodean más amigos de los que imaginas y tú me seguirás en el camino del infierno si es que disparas. ¿Ves aquellos que nos miran desde el mostrador? Son los mismos que me libertaron. Aún hay más en la taberna colocados de tal forma que te acribillarán al menor gesto de hostilidad. Luego seguiremos, Betty. No debes exponerte en vano.

La muchacha se alejó. Fred Dermont, desconcertado, dijo:

—Nadie habló de matarte. Sé que no eres de la «bofia». ¿Te importaría ganar doscientas libras?

—Es una bonita cifra. Siéntate y pon las manos sobre el tablero —el «gangster» así lo hizo—. Sé sincero conmigo. Tenías orden de liquidarme y, si te era imposible de ofrecerme dinero. ¿Por qué?

—Por nada, precisamente por nada. Has de olvidarte de los Toombs. El jefe aborrece a los entrometidos. Una ráfaga de ametralladora puede atravesarse en tu camino. ¿Te sonríes?

—Sí. Lo haréis acepte o no. Se trata de confiarme para que caiga en la trampa con mayor facilidad. Os hago una contrapropuesta. Devolvedme a la muchacha y me marcharé de Londres. Ella es lo único que me interesa. ¿Conoces su paradero?

—No. Fui uno de sus raptores y... ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Al contrario. Si mueves un dedo te acribillo. No acostumbro a amenazar en balde.

Plummer, inesperadamente, había desenfundado su automática y encañonaba a Dermont quien, atónito de la audacia de su enemigo, se volvió a mirar a los suyos. Un individuo, en el que no había reparado, les apuntaba con un revólver de reglamento.

—¡Te arrepentirás de lo que haces!

—Tal vez —fue la sarcástica respuesta—. Las circunstancias no han de serte siempre favorables. Sal delante. No me importa que te encuentren muerto. Yo no necesito simular un accidente.

Fred, apretando los puños de ira, obedeció. En la taberna imperaba el silencio. Todos, atónitos, contemplaban la escena deseando que los protagonistas se alejaron antes de que se desatase una lucha en la que interviniesen los «cops». Ninguno quería cuentas con la justicia.

Apenas en la calle, en la que la niebla era menos espesa que en noches anteriores, Plummer ordenó a Dermont:

—Ponte de cara a la fachada de la casa, con las manos sobre la cabeza. Así. Veo que eres un chico obediente. Dame ahora las muñecas. Nos rodean mis compañeros con ganas de apretar el gatillo.

Minutos después, Fred y los dos «gangsters» que le acompañaban, maniatados, se dirigían al River Thames, seguido de Harry, James, Peter y el individuo que redujo a la impotencia a los cómplices de Dermont.

Al llegar al muelle, el desconocido y Plummer se adelantaron con Fred, descendiendo por una escalera de cemento, la misma en la que se desarrolló la noche antes el mortal combate.

—La historia se repite —comentó Harry sarcástico.

—¿Vas a ahogarme?

—Depende de ti. Mi compañero y yo necesitamos saber unas cosas y tú vas a decírnoslas.

Con rudeza, el joven derribó al «gangster», ligándole los pies con un recio bramante. La voz de Plummer sonó en las sombras envuelta en extrañas tonalidades.

—Primera zambullida, treinta segundos.

Tomó a Fred por la cintura e, inclinándose, le introdujo la cabeza en el agua el tiempo previsto. Al sacarle, el forajido tosió, mascullando ininteligibles maldiciones. Harry aguardó a que cesara de escupir agua y juramentos.

—¿Dónde tenéis instalado el nuevo cuartel general? ¿Cuántos son tus compañeros? ¿Qué sabes acerca del que os manda? ¡Responde!

—¿Qué ganaré si lo hago?

—La vida.

—¿Me soltarás?

—No. Te entregaré a la policía. No quiero arriesgarme dejándote en libertad. ¿Qué hay de las preguntas? —silencio—. No me gusta ser cruel. Las inmersiones sucesivas serán más largas hasta que mueras.

Los ojos de Fred se agrandaron por el terror. Sin embargo, nada dijo.

Harry, consecuente con sus planes hundió en el Támesis hasta la cintura a Dermont.

—No frunza el ceño, Irving. No será preciso matarle. Estos miserables tienen miedo a la muerte.

El inspector «júnior», transformado el rostro por una crema obscura, unas gafas de concha y una simulada cicatriz, respondió con una advertencia:

—¡No permitiré el asesinato! ¡Sáquelo ya!

—Espere. Que trague más agua. Si este hombre declara podremos resolver el grave problema creado al Yard.

—¡Sáquelo le digo!

—Bien; le obedezco.

Con parsimonia extrajo al «gangster» en cuyo rostro comenzaban a dibujarse los primeros síntomas de asfixia.

—¿Has recobrado la sensatez? —silencio—. Veo que te gusta el agua.

Sin intención de sumergirle. Plummer le tomó de nuevo por la cintura. El forajido exclamó:

—¡No!... ¡Diré lo que quieras!

—Admiro tu sensatez. Te repetiré las preguntas por orden de importancia. ¿Cuál es el emplazamiento de vuestro cuartel general?

—Ocupamos un hotel de dos plantas en Harleyford Road, en las

proximidades del Oval Cricket Ground.

—¿Qué número es?

—El treinta y cinco.

—¿Cuáles son sus características?

—Las normales en otros «chalets» de Londres. Una verja separa el jardín de la calle.

—¿Qué hombres lo ocupan?

—Somos diez, contándome a mí y a los que habéis detenido.

—¿Todos americanos?

—Sí.

—¿Desertores del Ejército?

—No. Huidos del F.B.I. Formábamos parte de varios «gang» cuyos jefes cayeron en poder de los federales. Hicimos el viaje como marineros en un buque de carga.

—¿Cuál es vuestro «boss»?

—Yo obedezco las órdenes que me transmite Bernard, «el cojo». Él se ha puesto en contacto con un individuo cuyo nombre ignoro.

Como una ráfaga cruzó una idea por la mente de Plummer:

—¿Es morfinómano Bernard?

—Sí. ¿Cómo lo adivinaste?

—Eso no importa. Aun he de preguntarte otras cosas; pero antes de que continúes te advierto que confrontaremos tus respuestas con las de tus compañeros. Los interrogatorios los realizaré por separado.

—¡Digo la verdad!

Harry siguió indagando detalles acerca de los turnos de vigilancia, Las salidas y los posibles sistemas de alarma. Cuando Dermont vacilaba en contestar, mostrábale, amenazador, el Támesis.

Media hora más tarde, Irving, Reid y Plummer se separaron de los prisioneros para dialogar en voz baja:

—Invertiré quince minutos en recuperar mi personalidad de funcionario oficial. Cronometremos. La tenencia ilícita de armas me servirá de pretexto. Reúnase con el inspector en el despacho del Distrito. De no encontrarle espéreme allí.

—De acuerdo.

Irving perdióse en la niebla y Harry se reunió con Peter y James, que vigilaban de cerca a los «gangsters» en el interior de una de las

desiertas barcazas de carga.

—¿Hay que esperar mucho? —inquirió O'Shane.

—No. Permaneced alerta.

El rumor del río, amortiguado por la espesa niebla sonaba en los oídos de Plummer monótonamente. ¡Cuántos riesgos para no ganar nada! ¿Y su materialismo?

Sus labios se plegaron en una mueca amarga. Habíase negado siempre a unos recuerdos que le asaltaban con insospechada violencia. ¡Qué trágico su pasado e incierto su porvenir!

¿Qué podía ofrecerle a Dorothy? Se reprochó su idea. La muchacha le ignoraba y él ¡estaba enamorado de ella! ¿Para qué engañarse?

Sonó un motor lejano.

—¡Una patrullera de la Metropolitana! —advirtió Peter.

—Sí. Tendámonos en el fondo de la embarcación. Pasarán muy cerca de nosotros, vigilando los muelles.

Así lo hicieron. El corazón de Plummer latió precipitado. De ser descubiertos, Fred Dermont le acusaría de la muerte de sus compañeros. ¿Cómo negar que era enemigo de aquel hombre si le hallaban maniatado?

El reflector de la patrullera, rasgando los cendales de niebla, recorrió las embarcaciones inmediatas, alejándose. Harry respiró. Por un momento había temido que Dermont gritase para que fuesen apresados también sus raptores. Así se lo dijo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¡No quiero nada con la «bofia»! Además no creo que tú nos entregues a ella. Yo hablaría.

—Lo tengo previsto. ¡Ahí se acerca otra lancha!

Fred volvió la cabeza lo que fue aprovechado por Harry para propinarte un fuerte culatazo. Peter y James le imitaron. El primero inquirió:

—¿Nos quedamos?

—No. Debéis esperarme en casa. Aquí tenéis la llave.

—¿Dónde vas, Harry?

—A Scotland Yard —como observara que sus amigos torcían el gesto en muda desaprobación, apresuróse a decirles—: Más tarde os contaré mis planes. Necesito la protección de la ley para rescatar a Dorothy.

—Tú sabrás lo que haces. No olvides que Alexander Dixon espera su oportunidad para encerrarte. Le has burlado muchas veces. No juegues con fuego —aconsejó Peter.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Esperad mis noticias y no os mováis. Posiblemente esta noche suceda algo de suma transcendencia en la historia de Inglaterra.

Sin aclarar sus enigmáticas palabras, confundióse entre la bruma. Betty le estaría esperando para revelarle los detalles que necesitaba conocer…

CAPÍTULO IX

El inspector no se hallaba en su despacho y Harry, en la poco confortable sala de espera del distrito, se dispuso a aguardar la llegada de Irving Reid. Un sargento conocedor de la historia de Plummer, le miró con hostilidad.

—Si viene a entregarse dígamelo para comenzar el expediente.

—Me he vuelto amigo de la policía. ¡La raza degenera! ¿Un cigarrillo?

—Prefiero fumar de lo mío.

—Hace bien. Puedo darle un narcótico y robar las telas de araña de la caja fuerte.

El «policeman», malhumorado, se acomodó de nuevo en su mesa procediendo al examen del registro de llamadas telefónicas.

Durante unos minutos se abstrajo en su tarea, mirando de vez en vez a Plummer que, con gesto desdeñoso, le contemplaba. Irving Reid no tardaría.

Consultó su cronómetro. Eran las dos de la madrugada.

—¿A qué hora le relevan, sargento?

—A las tres. ¿Tiene ganas de perderme de vista?

—No. Lo que me molesta de usted es el uniforme. El que le sustituya llevará uno idéntico.

—Muy ingenioso. Ardo en deseos de empapelarle.

—Lo mismo le sucede al inspector Dixon y se quedará con las ganas.

—¿Hablaba de mí, Harry?

El aludido se volvió reconociendo a Alexander.

—Sí. ¡Celebro verle! Confiaba en que usted o su ayudante se presentarían.

—Pase a mi despacho.

Los dos hombres entraron en el gabinete de trabajo, acomodándose en torno a la mesa. Dixon en su sillón favorito; Plummer en una silla. El inspector miró al que le visitaba en muda interrogación. Harry, cual si no le hubiera comprendido, dijo:

—Parece que la niebla levanta. Le supuse durmiendo.

—Fui a cenar y me entretuve con unos amigos. ¿Qué tiene que decirme?

—Algo que le sorprenderá. ¡Richard Toombs traficaba en morfina!

—¿Cómo lo sabe?

Plummer hizo un relato de su exhibición de la fotografía y de la entrevista que acababa de sostener con Betty. Al terminar, Alexander Dixon, por encima de la mesa le tendió su diestra con afecto:

—Creo que vamos a deberle mucho.

—Sesenta libras en total. Es lo que tuve que pagar a la mujer para que hablase.

—Mañana le enviaré esa suma a su casa. Me refería a deudas morales. ¿Acaso su conciencia le grita su deber de patriotismo, reprochándole el pasado?

—No se ponga melodramático, inspector. Quiero ayudar a esa chica.

—Lo hace a la maravilla. Mi idea es dirigirme a la señas que le han facilitado y detener a cuantos encontremos allí. ¿Me acompaña? Irán con nosotros varios agentes.

—No es ese el camino —opuso Plummer—. ¿Y si no encuentra en la jaula al pájaro principal? Sugiero que debe abrirse una información privada cerca del propietario del inmueble, estableciendo una vigilancia en el fumadero.

Alexander meditó unos segundos las palabras de su interlocutor. Fue a contestar, pero unos pasos cercanos se lo impidieron. Era Irving Reid. Al ver a su ayudante, Dixon exclamó:

—¡Le estuve esperando toda la tarde! Me pidió permiso para unas horas y…

—¡No perdamos tiempo! Le traigo una noticia sensacional. En los calabozos de jefatura, hay tres «gangsters» detenidos.

—¿Les capturó usted?

—Sí. Vagabundeaba por el suburbio y me llamaron la atención. Tuve que golpear a dos de ellos para impedirles que esgrimieran sus armas.

El inspector «júnior» mentía con sorprendente aplomo. Alexander, excitado, se puso en pie:

—¡Vamos a interrogarles!

—Ya lo hice, aprovechando el factor psicológico de la derrota. La madriguera de esos hombres está en Harleyford Road, vigilada por siete «gangsters» que morirán sin entregarse. ¿Atacaremos a pecho descubierto, haciéndonos matar estúpidamente?

—¡Irving!

—No se enoje, Dixon. Reflejo sus pensamientos. Ninguno se entregará vivo. Habrá que sacarles a tiros de su madriguera. Permítame que continúe. Es preciso atacar inmediatamente. Si sospechan que hemos capturado a sus camaradas huirán. ¿Qué opina, Harry?

—Estoy de acuerdo con usted.

—Yo también —confesó Alexander—. Sin embargo... ¡malditos legalismos! —descolgó el auricular, pidiendo al empleado de la centralita que le pusiera en comunicación con el domicilio de Andrew Ravenal. En el despacho imperaba el silencio que fue, roto por la voz del inspector—: A sus órdenes, comisario. El asunto que he de consultarle es grave. Por eso me he atrevido a molestarle... Gracias... Conozco el emplazamiento del cuartel general de los «gangsters» que tanto nos preocupan. ¡Siete hombres armados de ametralladoras «Thompson» no deben enfrentarse a «cops» sin más fuerza que la de la Ley! Por propia experiencia sabemos cómo reaccionan. Para reducirles será preciso desplegar numerosos agentes y los equipos especiales de gases lacrimógenos... Estimo como usted... Temo que no será posible capturarles vivos... Espero sus órdenes... Agruparé a todos los «policemen» disponibles. Bien, lo dejo en sus manos. Hasta luego.

El inspector Dixon colgó el auricular y volvióse a Plummer y a Reid:

—Va a ponerse al habla con el comisario-jefe para que este a su vez, si procede, lo haga con el ministro. Ravenal se ocupará de congregar cien agentes en las proximidades del puente de Vauxhall. Requerirá la colaboración de todos los distritos. Nosotros hemos de esperar sus indicaciones. Sentémonos. Buen trabajo el suyo, Irving. El de Harry no es menor. Póngale en antecedentes de lo que se refiere al fumadero de opio y a sus conclusiones.

Para el joven las noticias que le transmitió Plummer eran totalmente nuevas. Harry no tuvo tiempo de referirle su truncado diálogo con Betty, que completó más tarde.

—¡Es extraordinario! ¡Tocamos el fondo del asunto! Richard Toombs fue muerto por rivales del delictivo comercio a que se dedicaba. Su hija presenció el crimen y para que no delatara al malhechor fue apuñalada primero y raptada después. El culpable…

—Parece olvidarse de William Sanderson —le interrumpió Alexander.

—Sí. Quizá el médico trafique también en drogas.

A Dixon no le pasó inadvertida la sonrisa de su ayudante a Harry. El timbre del teléfono le impidió preguntarle a qué obedecía.

—Noticias del comisario… Sí… Comprendo. Partimos en el acto… A sus órdenes.

Apenas colgó el auricular, con sonrisa satisfecha, Dixon extrajo dos revólveres de reglamento del cajón de la mesa y varios cargadores. Sin palabras, tendió a Reid una de las armas. El rostro de Irving ensanchóse con un gesto de gozo.

—Deben servirnos para intimidar.

—Sí. Presumo que Harry querrá acompañarnos.

—En efecto.

—Hágalo. Para usted no hay armas. Confío en que, despacio, pueda conducirnos un automóvil al lugar de la concentración.

En el vestíbulo, Plummer miró con sorna al sargento, que pasaba revista a la patrulla nocturna proveyéndola de armas cortas. Sin duda, el comisario le había transmitido órdenes directas.

—Necesito un coche. Yo mismo guiaré —pidió Dixon.

—Hay tres en la puerta, señor.

—Gracias.

Harry, al pasar junto al hombre que le recibió con hostilidad, dijo sarcástico:

—Se le fastidió el relevo, amigo. Hay que resignarse…

CAPÍTULO X

Silenciosamente las patrullas de la Policía Metropolitana fueron tomando posiciones en torno al hotel del Harleyford Road, bajo las órdenes del comisario Ravenal que, con Dixon, Reid y Plummer, afanábase en completar el cerco con la mayor rapidez posible. Los cuatro hombres respiraron al oír a un teniente:

—Sus órdenes han sido cumplidas, señor.

—Bien. Que nadie se mueva.

Andrew Ravenal, desde donde se halla contempló el hotel. En el piso superior, a través de unas mal corridas cortinas, veíase una luz tenue, difuminada, en parte, por la niebla. Los restantes ventanales estaban en tinieblas.

—¿Qué plan de ataque sugiere, Dixon?

—El único factible. Uno a uno debe saltar al jardín el mayor número posible de agentes. Yo iré con ellos pana penetrar en la casa por cualquiera de las ventanas de la planta baja. De conseguirlo la lucha será breve.

—Ponga manos a la obra. ¿Dónde va, Irving? Quédese conmigo. La orden también va con usted, señor Plummer. Conozco por el inspector su valiosa colaboración. ¿Cree que estará Dorothy Toombs ahí dentro?

—Sinceramente, no. El que ordenó raptarla posee un refugio más seguro.

—¿Se refiere a Sanderson?

Harry no contestó, atento al grupo de «cops» que, con Dixon, se disponía a trepar por la alta verja en cuya parte superior había alambres de espino El «policeman» que primero los rozó no pudo contener un grito de dolor, al tiempo que se desplomaba. Sus compañeros interrumpieron el ascenso.

—¡Abajo! —mandó Alexander—. Esos cables están electrificados.

La luz que brillaba en la ventana del «chalet» se apagó de pronto. Plummer, crispando los puños dijo:

—¡El canalla de Dermont debió descubrirnos!

El comisario volvióse, extrañado, a Harry.

—No le entiendo.

—Pensaba en voz alta. Aún queda un procedimiento para saltar al jardín.

—¿Cuál?

—Lo pondré en práctica.

Sin esperar la confirmación del que mandaba la fuerza, Plummer, con extraordinaria agilidad, trepó por el tronco de un árbol próximo, cuyas ramas pasaban por encima de la verja del hotel.

—¡No lo haga!... ¡Le matarán! —advirtió Irving Reid.

Harry, que le escuchaba, sintió tentaciones de retroceder. No lo hizo para que nadie pudiera motejarle de cobarde.

Mientras, despacio, deslizábase por una de las ramas, el joven se lamentó de que la niebla hubiera desaparecido casi por completo, privándole del más seguro «camouflage». De todas formas era improbable que le vieran desde las ventanas, en el supuesto de que Bernard, «El cojo» y sus hombres acechasen desde ellas, advertidos por el grito del agente.

Cruzó a unos centímetros, los cables con apariencia de alambres espinosos, sintiendo que la rama se balanceaba bajo el peso de su cuerpo. Salvado el obstáculo dejóse caer, quedando inmóvil de bruces en la tierra, mientras una ametralladora entonaba su rítmica y mortal canción.

Los proyectiles silbaron sobre la cabeza de Harry, que, para confiar a sus enemigos, lanzó un alarido de muerte.

Cesaron los disparos. Plummer escuchaba al otro lado de la verja las voces de órdenes de Dixon y Ravenal. Un ruido sobre su cabeza le hizo alzar la vista. Reid hallábase dispuesto a penetrar en el jardín por el mismo procedimiento.

—Salte y no se mueva —susurró—. Interesa hacerles creer que también le alcanzaron los disparos.

El cuerpo del inspector «júnior» surcó el aire y de nuevo una ametralladla descargó una ráfaga, secundada por varios disparos de pistola.

Irving sintió una quemadura en una mejilla; pero, obediente a las indicaciones de Harry, no hizo el menor ademán, esforzándose por hundir su cuerpo en el suelo. Los proyectiles, como abejorros

zumbaban en sus oídos.

De nuevo los disparos fueron espaciándose hasta cesar por completo. Plummer musitó:

—Sígame.

Sin incorporarse, a lo indio, avanzando sobre los codos y las puntas de los pies, los dos hombres acercáronse unos altos setos. Al llegar a ellos, Harry tornó a hablar:

—Se expuso demasiado al imitarme. ¿Le autorizaron sus jefes?

—No. Antes de que pudieran oponerse ya estaba encaramado en el árbol. ¿Olvidó que yo le guardaba la automática? ¿Iba a enfrentarse con esos hombres a pecho descubierto?

—No quedaba otro recurso. Deme.

Reid entregó a Plummer una pistola en el preciso instante en que, muy próximos, restallaron en la noche numerosas detonaciones. Al no ver los fogonazos, Harry dedujo:

—Intentaron escapar por la puerta trasera y los «cops» se lo han impedido. Ahora los «gangsters» serán más peligrosos. Escuche. Les conminan a la rendición.

Una voz metálica, transmitida por un altavoz, dijo:

—El cerco es completo. ¡Rendíos antes de que sea tarde! Más de cien hombres armados os rodean. ¡No podréis escapar! ¡Salid con los brazos en alto! Os concedemos un minuto de tregua.

—Ganas de gastar saliva —comentó Plummer—. Habrá que sacarlos a tiros. ¡Vamos!

Sin aguardar la conformidad de Reid, protegiéndose en los mal cuidados macizos de boj, Harry llegó a tres metros de distancia de una de las ventanas laterales del edificio. Percibía claramente la agitada respiración de Irving.

—¿Cuáles son sus planes?

Plummer tras un breve silencio, respondió:

—Esperar el fin de la tregua. Los fogonazos indicarán la posición de nuestros enemigos. Si es la que imagino, salvaremos la distancia que nos separa del costado de la casa penetrando en ella a sangre y fuego. ¡No hay otra solución!

El inspector «júnior» hubo de reconocer que Harry estaba en lo cierto.

De nuevo sonaron los altavoces.

—El plazo ha pasado. ¿Cuál es la respuesta?

Nadie respondió. El silencio era absoluto. Disparos procedentes de la calle dijeron claramente a Plummer que los del Yard destrozaban a balazos la cerradura de la puerta del jardín.

A la derecha de Harry, los fogonazos de dos metralletas iluminaron una de las ventanas. El joven aguardó a que se hiciese el silencio para saltar y protegerse en uno de los laterales del chalet. Irving le imitó.

Jadeantes, se miraron, con una sonrisa a flor de labios.

—La Providencia nos ayuda —dijo Reid.

—Pídale que no nos abandone en los momentos decisivos. ¿Oye? La batalla continuará sin tregua. Algunos de nuestros agentes han debido penetrar en el jardín.

Las detonaciones, de tan seguidas, parecían una sola, prolongada, eterna.

Consciente del valor de los segundos, Plummer examinó las persianas exteriores. Eran de madera y, sin duda, a causa de la humedad no cerraban por completo. Le fue fácil abrir una con la hoja de su cuchillo. La ventana estaba herméticamente cerrada. Harry, con rapidez y serenidad que asombraron al del Yard, pegó un trozo de masilla en uno de los cristales trazando en derredor un círculo con un diamante. El vidrio cayó en su mano.

Hacer girar el picaporte y penetrar en una estancia en tinieblas fue cosa de segundos. Fuera menudeaban los disparos. Reid encendió su linterna sorda. Se hallaban en una habitación cuadrada, en uno de cuyos laterales había un lecho de hierro y una mesilla de madera. Era todo el mobiliario.

Sigilosamente, Harry abrió la puerta, desembocando en un iluminado pasillo.

—Tire a matar y no conmine en nombre de la. Ley. Es un consejo fruto de la experiencia. Pienso en...

Calló, cual si considerar absurda su idea.

—¿En qué?

—En el autogiro que participó en el robo del diamante. ¿Y si estuviese en la terraza y lo aprovecharan para huir? No hay que descartar ninguna posibilidad. Dividámonos. Si encontrara el helicóptero inutilícelo y reúnase conmigo.

—¿Dónde?

—En cualquier habitación de la planta baja, eliminando reptiles.

—Espere a que yo regrese.

—No hay tiempo. Cuanto más prolongada sea la lucha morirá mayor número de «cops». Les falta costumbre de manejar las armas. Suerte, Irving.

—Lo mismo le deseo. Plummer.

El inspector «júnior» alejóse por el pasillo en busca de la escalera que había de conducirle a la terraza. Harry, con el arma firmemente empuñada, se dirigió a la parte frontal de la casa, deteniéndose junto a una entornada puerta desde la que vio a dos hombres manejando metralletas. Una bala, disparada desde el exterior, arrancó una astilla a pocos centímetros de la cabeza de Plummer. Uno de los «gangsters» dijo:

—¡Y aseguraba el jefe que los de Scotland Yard tenían prohibido el uso de las armas!

—No hables y dispara contra aquel grupo de «cops».

—¡Yo de vosotros levantaría los brazos!

Pese a que Harry adivinaba de antemano la reacción de sus enemigos, le repugnaba matarles por la espalda. Los interpelados volvieron la cabeza y al ver a un intruso encañonándoles intentaron dirigir a él los disparos de sus «ukeleles»[2]. Plummer oprimió por dos veces el gatillo de su arma segando las vidas de los miserables.

—Vosotros lo habéis querido.

Guardó su automática para coger una Thompson con la que se dirigió al cuarto inmediato en el que tableteaba una ametralladora manejada por un nombre que al intentar resistirse encontró la muerte.

Pese al éxito inicial, Harry no se confió. De ser ciertas las declaraciones de Fred Dermont, aún quedaban cuatro «gangsters» en la casa entre ellos el «boss», Bernard «El cojo». ¿Dónde se hallaban? Sin duda defendiendo la fachada posterior de la casa.

Al doblar el recodo de un pasillo, inesperadamente, vio a un hombre que, como él, llevaba la metralleta en disposición de disparar. Plummer, serenamente le dijo:

—Dile a Bernard que es posible la fuga por una de las alcantarillas del sótano.

—¿Tú quién eres?

Harry esperaba tales palabras de sorpresa para anticiparse en la acción. Una ráfaga surgió de su «Thompson» acribillando el cuerpo

del sorprendido malhechor.

Sudoroso por la emoción, continuó registrando la planta baja. Un quinto hombre cayó sin vida.

Al llegar al zaguán vio a dos individuos que se disponían a subir por la escalera. Se arrojó al suelo al ser descubierto. Una fracción de segundo después los proyectiles se clavaban en la pared, sobre su cabeza.

Antes de que Plummer pudiera disparar, sus enemigos llegaron al primer rellano, protegiéndose tras la balaustrada de mármol. Uno de ellos cojeaba. Sin dura era el «boss».

El joven se parapetó tras un sillón y las balas le buscaron sin hallarle.

Sintió pasos rápidos y dedujo que los «gangsters» huían, no queriendo aceptar combate. Fue en su busca, en un loco desafío a la muerte mientras, en el exterior, cesaban las detonaciones.

Al alcanzar el piso primero vio desaparecer, por una escalerilla, que Comunicaba, sin duda, con la azotea, a los dos únicos supervivientes del «gang», por él exterminado. Disparó una ráfaga para advertir a Irving del peligro.

En la terraza sonaron varios disparos. Al llegar a ella no tuvo tiempo de intervenir. El inspector del Yard, en pie, había derribado a uno de sus rivales, hiriendo al «boss» quien, furiosamente, hizo fuego a su vez contra el joven, que se desplomó bañado en sangre.

Los proyectiles de Harry se clavaron en el fuselaje del autogiro. Bernard, «El cojo» había puesto en marcha el motor y las paletas azotaban el aire.

Plummer disparó furiosamente hasta agotar las municiones pero no pudo evitar que el helicóptero se elevase, perdiéndose en la noche.



«Harry disparó furiosamente»...

Soltó la inservible «Thompson», inclinándose sobre Irving, que balbució:

—No me dieron tiempo a inutilizar el aparato. Tardé en encontrarle. Iba a hacerlo cuando sentí disparos. Tuve que hacer

fuego precipitado y…

Su cabeza se dobló a un lado, trágicamente. Los dedos de Harry buscaron el pulso de su amigo. ¡Aún vivía!

Examinó las heridas. Dos balas le habían atravesado un hombro y una tercera se alojó en el pecho. Plummer dióse cuenta entonces del afecto que profesaba a aquel joven audaz y valiente, de la moderna generación de detectives ingleses. ¡Era preciso evitar que muriera! ¿Cómo? ¡Poniéndole en manos de un facultativo!

Con sumo cuidado le tomó en sus brazos y, suavemente, le condujo al piso primero de donde, por la ancha escalera, descendió a la planta baja.

Los de la Metropolitana aún no habían iniciado el asalto, temerosos de que el silencio de los «gangsters» obedeciera a una añagaza.

Grande fue el asombro de Andrew Ravenal y de Alexander Dixon al verle salir portando el cuerpo inanimado de un hombre. Rodeado de agentes, explicó:

—Redujo a todos sus, enemigos. El último consiguió huir, luego de herirle. ¿Trajeron ambulancias?

—Sí.

Harry le llevó hasta una camilla negándose a separarse de Irving.

—Le que resta es cosa de ustedes, comisario. Para nada me necesitan aquí.

Veinte minutos después, Plummer paseaba nervioso por la antesala del quirófano del Hospital de Santo Tomás, enclavado en Lambeth Palace Road, en las inmediaciones del Támesis. El médico de guardia al reconocer al herido, no se mostró optimista.

Los cigarrillos, medio consumidos, fueron cayendo uno tras otro en torno a la escupidera metálica. Una señorita, la misma que se ocupó del traslado de Reid al quirófano, le llevó una taza de té.

—Tómese esto. ¿Es su hermano?

—No. Solo un amigo. Gracias.

Apuró la infusión ante la mirada afectuosa de la enfermera, que, poniendo la taza en una mesita portátil, situada en uno de los laterales, dijo:

—Pasaré a enterarme. Quizá mis noticias le tranquilicen.

—Si no va a decirme la verdad, no entre.

—Le prometo ser sincera.

Plummer encendió un nuevo cigarrillo, el último que le quedaba, arrojando la funda a uno de los rincones. La enfermera tardó un cuarto de hora en salir.

—¿Qué hay señorita?

—Lamento haber prometido no engañarle. El enfermo se encuentra en grave estado.

—¿Morirá?

—¡Solo Dios lo sabe! Se hace lo imposible por salvarle. ¡Hay que esperar!

—¡¡Esperar!! —repitió el joven, con angustia—. Yo tengo la culpa de que le hirieran. No debí dejarle. Le faltaba experiencia para luchar.

—¿Son ustedes policías?

—Solo él. Hubo un tiroteo y…

Una enfermera, que salía del quirófano en ese instante interrumpió el breve diálogo:

—Es necesaria una transfusión. Prepare el equipo, Ethel.

—¿Servirá mi sangre? —inquirió Plummer—. Probaremos.

Minutos después, en la sala de operaciones, tendido junto a Irving Reid. Harry se dispuso a dar al inspector «júnior» una prueba inequívoca de un afecto nacido cara al peligro y la muerte.

El olor a éter era intenso. En la reducida estancia reinaba el silencio, roto de vez en vez por una frase seca del cirujano.

* * *

Cuando Plummer despertó se hallaba en una cama metálica. A su izquierda, en un lecho, yacía Irving. A su lado una enfermera aplicándole una inyección.

—¿Sanará, señorita?

—Esperamos que sí. Posee una naturaleza de hierro. Usted se durmió apenas le sacamos del quirófano y no quise que se le molestara. Fuera le aguardan dos hombres.

—¿Puedo levantarme?

—Aún no es prudente. Lo hará dentro de poco. Voy a pedir alimentos.

—Gracias. Tengo bastante apetito. Me venció la fatiga.

Salió la enfermera del dormitorio en el que segundos más tarde, entraron Andrew y Alexander Dixon. Los dos hombres le tendieron la diestra, que Plummer estrechó con una sonrisa.

—Vamos a tener que nombrarle agente honorario, Harry —dijo el inspector con ironía—. Su intervención ha evitado derramamientos de sangre.

—¿Mi intervención? Dirá usted la de Irving. Yo me limité a acompañarle. Iba desarmado.

—Ni el comisario ni yo pensamos investigar tal extremo. Preferimos creer los que nos dice.

—Así es, Plummer —corroboró Ravenal—. En una de las habitaciones encontramos el falso diamante robado a las puertas del «Bank of England».

—¿Y Dorothy?

—La joven no estaña en la casa. Continuamos ignorando su paradero. ¿Qué hace?

—Ya lo ve; disponerme a marchar con ustedes. Por fortuna tengo la ropa a los pies de la cama.

Comenzó a vestirse. Apenas hubo terminado entró la enfermera portado una bandeja con bocadillos variados y un vaso de zumo de naranja. Al verle en pie reprochó:

—¡No ha seguido mi consejo!

—Estoy perfectamente.

—¿Tampoco comerá?

—Sí. Deje en la mesilla las viandas. ¿El lavabo?

—Saiga al pasillo. La segunda puerta a la izquierda es la del baño. Allí tiene lo necesario para el aseo. Procure no fatigarse en exceso.

—Lo tendré en cuenta.

Plummer salió para regresar al cuarto de hora a la habitación donde, con Irving le aguardaban los dos miembros del Yard. Mientras comía con singular apetito, Dixon le contó las últimas novedades.

—Esta madrugada, desde Willesden, comunicaron a Londres que un autogiro se había estrellado en las afueras del pueblo. En su interior hallaron el cadáver de un hombre.

—¡Bernard, «El cojo»!

—El mismo. Por desgracia no hay supervivientes, a no ser los

tres miembros de la organización detenidos por Irving. ¿Sabe lo que dice Fred Dermont?

Plummer alzó el vaso de zumo, bebiendo. Su pulso no temblaba.

—No. ¿Me supone un adivino?

—Afirma que usted, con la ayuda de dos hombres, fue el autor de la primera matanza de «gangsters», agregando que no les capturó el Yard. Su historia es verosímil.

—¡Bah! —contestó Harry con serenidad—. Somos viejos enemigos y le guía un afán de venganza. ¿Ustedes le han creído?

En la faz de Andrew Ravenal se dibujó una comprensiva sonrisa:

—No. Tranquilícese. Si le procesáramos por ese delito no sería difícil demostrar legítima defensa. Hablemos de lo que interesa, Harry. Su colaboración es inapreciable. No se ensoberbezca demasiado si le digo que antes de atacar el fumadero queremos oír sus planes. ¿Cuáles son? Tome uno de mis cigarrillos.

Tendió su pitillera a Plummer, que acababa de terminar con el contenido de la bandeja.

—Gracias. Si les parece charlaremos paseando. Irving quedó en buenas manos. ¿Mucha niebla?

—Ninguna. Aunque le parezca increíble luce un sol espléndido.

—Mejor todavía. Iremos dando un paseo hasta Jefatura. Para explicarles mis proyectos necesito un plano del Central London.

—A su gusto.

Los tres salieron de la estancia y la enfermera volvió a ocupar su puesto a la cabecera de Reid.

La mañana era luminosa y las calles de la ciudad se hallaban repletas de londinenses que, tras las largas jornadas de niebla, gozaban del favorable cambio de temperatura.

Al cruzar el puente de Wetsminster, el «Big-Ben», el famoso reloj del Parlamento, desgranaba once campanadas. Plummer sentía en su alma una sensación jamás experimentada hasta entonces: la del gozo de vivir. Era como si hubiese resucitado.

Cual si le adivinara pensamiento, el comisario le preguntó:

—¿Le desagrada la experiencia que está viviendo? ¿Sigue considerándonos enemigos?

—No. Ahora empiezo a comprender la grandeza de algo más elevado que un fajo de billetes. Imaginé siempre que los del Yard eran autómatas, esclavos de la letra del reglamento. Veo que no es

así.

—¿Volverá a la vida anterior, Plummer?

—El destino de un hombre depende de las circunstancias. La ficha que ustedes guardan en Jefatura procede del reformatorio. Un pésimo antecedente para el puritanismo británico. No hablemos de ello, por favor. Lo importante es que ustedes aprueben mis planes.

En el despacho del comisare Ravenal, Harry hizo uso de la palabra, terminando:

—Han de rodear el edificio número setenta y cuatro de Brompton Road, de forma que nadie escape. A las tres en punto de la madrugada, de no recibir noticias mías, deben atacar. ¿Qué inconvenientes va a oponer, Dixon?

—Uno solo. Usted correrá el riesgo en un asunto que es de matiz policíaco. Yo, por mi parte, no puedo permitirlo. ¿Y usted comisario?

Andrew Ravenal dudó unos segundos.

—Las razones expuestas por el señor Plummer son de tal peso que considero absurdo oponer dificultades a sus proyectos. Su actuación a título de particular ha sido acertadísima. La incógnita planteada en torno a William Sanderson ha de resolverse esta noche. Si se ha equivocado, inspector comenzará contra usted un proceso por difamación. Son muchos los que defienden la inocencia del psiquiatra.

El rostro de Dixon tornóse sombrío:

—¿Usted también? En la academia se enseña a los agentes no dejarse llevar de corazonadas. Para cualquier hipótesis se exigen pruebas. ¡Sobran de la culpabilidad de Sanderson!

Harry Plummer intervino en el diálogo para evitar una dura respuesta de Ravenal:

—Estamos debatiéndonos en torno a una teoría. ¿Descabellada? ¿Exacta? El futuro nos lo dirá. ¿Cuento con su aprobación, comisario?

—Sí. Es posible que si fracasa me vea frente al Comité de Disciplina; pero merece la pena exponerse. No se enoje conmigo, Alexander, y ayúdeme a realizar lo que es de nuestra competencia. No sea rencoroso.

Dixon estrechó la mano que Andrew le tendía.

—Perdone mi brusquedad. Reconozco que soy un pésimo

diplomático.

Los tres hombres sonrieron y, minutos después, Harry Plummer abandonaba el despacho.

CAPÍTULO XI

La airada réplica de Bruce Kearney, secretario del club de Vincent Square, del que William Sanderson era presidente, no borró el gesto amable de Plummer que, acomodado en un cómodo sillón, fumaba un cigarrillo.

—¡No le tolero tamaña ofensa! Cualquier acusación contra uno de los miembros de la directiva la consideraré una injuria a mí. ¡Le demandaré a las autoridades!

—No lo tome tan a pecho, señor Kearney. Pretendo ayudar a Sanderson.

—¡Culpando a otro hombre honrado!

—Tengo la certeza absoluta de que entre ustedes se oculta el que quiso matarme en el suburbio Sur del Támesis. La risa era la misma.

—¡Un exceso de imaginación!

—No —insistió Harry con firmeza—. Estoy seguro de lo que digo... Es a usted al último a quién visito. Lo he hecho con sus otros colegas, formulándoles la misma pregunta. Unos se han irritado; otros, por el contrario, se han puesto a mi disposición para ayudar a la justicia. ¿Va usted a negarse? No soy un «policeman». Mi pasado deja mucho que desear. En Scotland Yard hay una ficha a mi nombre. No me considero un hombre honrado. Por razones sentimentales, deseo el esclarecimiento de los hechos, la libertad de Dorothy. ¡No cejaré hasta conseguirlo! Sus compañeros han comprendido estas razones. Los funcionarios oficiales tienen mucho que perder en un proceso por injuria; yo nada. La cárcel, el destierro, una indemnización... Mi existencia aventurera lo soporta todo. ¿A cuál de sus camaradas de Directiva considera menos normal?

—¡Me niego a contestarle!

Los ojos de Bruce Kearney centelleaban coléricos. Harry, sin inmutarse, insistió:

—¿Posee usted algún sanatorio? ¿Dónde?

El secretario del club, en pie, señaló con su dedo índice la puerta del despacho:

—¡Fuera de aquí! Me arrepiento de haber estrechado su mano, una mano manchada por el delito.

Plummer incorporó despacio.

—Domina mal los nervios, señor Kearney. ¿Me golpearía si me negara a marcharme?

—¡Fuera!

—Ya me voy. Debe ponerse en manos de un buen psiquiatra, de alguien que le enseñe a dominar su voluntad.

Tras el sarcasmo Harry salió a la calle, con un suspiro de alivio. La jornada no había sido fácil. Le costó trabajo localizar, en sus domicilios u ocupaciones habituales, a los miembros de la directiva del club. Excepto Kingsbury Devoe, ninguno le trató con demasiada consideración.

Su cronómetro marcaba las siete de la tarde. ¿Qué hacer hasta la noche? Pese a haber levantado la niebla, la temperatura era fría.

En un café, ante un doble de ginebra, evocó a Dorothy. ¿Estaba idealizando a la muchacha? Largas y negras pestañas nariz recta, busto breve, labios carnosos, sin carmín...

Movió la cabeza cual si intentara alejar a la joven de su imaginación. Comportábase como uno de los sentimentales que antaño le movieron a burla.

Deseando distraerse se encaminó a pie al Hospital de Santo Tomás. Irving Reid continuaba sin recobrar el sentido aun cuando los médicos le dijeron que su estado era «todo lo satisfactorio que podía esperarse».

Invirtió el resto del tiempo en un cinematógrafo de sesión continua y a las dos y media de la mañana, lamentando la ausencia de la niebla tanto como maldijo su permanencia, se detuvo a pocos metros de una casa de tres plantas situada en Brompton Road, próxima al «Victoria and Albert Museum». Las persianas exteriores de las ventanas estaban herméticamente cerradas. El portal de entrada, de recia madera, parecía infranqueable. En uno de los laterales de la fachada una placa metálica:

«Sanatorio psiquiátrico. Director; William Sanderson».

Harry no daba crédito a lo que leía. ¡Otra vez Sanderson! ¿Iba a resultar que...? No completó su pensamiento. Un hombre avanzaba

en aquella dirección. De espaldas a la pared miró con angustia en torno suyo. ¡Estaba desarmado! ¿Y si era algún cómplice del jefe a quién ansiaba capturar? Con sus visitas de aquel día puso en guardia al culpable.

Respiró al reconocer a Andrew Ravenal, que se detuvo a su altura a encender un cigarrillo. Sin mirarle, le dijo:

—El cerco es completo. ¿Insiste en entrar solo?

—Sí.

—Tenga. No quiero su muerte sobre mi conciencia.

Con disimulo le tendió una automática, que Plummer oprimió entre sus dedos.

—Gracias.

Alejóse el comisario y Harry, guardando el arma en uno de los bolsillos de la gabardina, extrajo un manojo de ganzúas. Su mano derecha maniobró durante unos segundos hasta que un chasquido interior le hizo comprender que el paso estaba franco. A partir de aquel momento su vida dependía de la Providencia y de la serenidad con que se enfrentase a sus enemigos.

Cerró a sus espaldas, utilizando la ganzúa, y, sigiloso, subió tres escalones que separaban la entrada de un amplio vestíbulo amueblado sobriamente, del que partían dos pasillos y una ancha escalera de mármol.

El silencio era tan absoluto que a Plummer le pareció escuchar el latido de sus pulsos. ¿Qué trágicas sorpresas le reservaba el futuro? Registrar el edificio, era una empresa suicida. Necesitaba que alguien…

Un ruido próximo le obligó a ocultarse tras un cortinaje, desde que vio a un hombre de edad indefinida y rostro duro que, con paso somnoliento, dirigióse a uno de los sillones para sentarse de espaldas a Harry.

El joven, luego de consultar su reloj de pulsera, esperó a que el vigilante se amodorrara. Cuando la rítmica respiración dijo a Plummer que podía actuar sin riesgos, llegó al desconocido y, poniéndole la punta del puñal en la garganta, se dispuso a despertarle.

—¡No grite! ¡Está a un paso de la muerte! ¡No sueña! Soy un ser de carne y hueso.

El amenazado, con los ojos muy abiertos por el espanto,

contempló a Harry.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—¿Dónde está William Sanderson! ¡Responda o lo...!

Hundió unos milímetros el acero en la carne de su enemigo, que apresuróse a responder:

—En el piso primero, en la habitación número doce.

—¿Hay más centinelas?

—Uno en cada planta. ¡No me mate! No hice más que dejarme arrastrar por la codicia!

—¡Volveré por usted si me ha engañado!

El puño izquierdo de Harry se abatió sobre la nunca del asustado individuo, sumiéndole en la inconsciencia.

Con la rapidez característica en un hombre de acción, ligó las manos y los pies del vigilante con una cuerda, prevista para tal contingencia y, amordazándole, le ocultó en el hueco de la escalera. Luego, pistola en mano, pensando que las circunstancias continuaban siéndole favorables, ascendió al piso superior, internándose en un estrecho pasillo en el que había numerosas puertas, con cifras en relieve. Harry se detuvo ante la número doce y movió el pestillo. La hoja de madera no giró. ¿Cerrojo interior o llave?

No iba a tardar en comprobarlo. Mientras Plummer maniobraba con las ganzúan decíase que tal vez le disparasen una mortal ráfaga de ametralladora. Sin embargo, ni aun la muerte le haría retroceder.

Un chasquido... una leve presión... un crujir de goznes y...

¡A la mirada de Plummer ofrecióse un cuadro desconcertante! En una estancia no muy grande, sobre un lecho, se hallaba Dorothy Toombs. Tenía los ojos cerrados, cual si durmiera. Junto a ella William Sanderson, que la pulsaba.

El psiquiatra, al sentir ruido, miró a Harry sin alegría.

—Entre y cierre.

El tono de voz del médico era normal. Plummer, sin perderle de vista, obedeció, y acercándose a la cama, dijo:

—¿No tiene miedo, Sanderson? ¿No ve mi pistola?

—Sí. ¡Me da lo mismo que venga o no a salvarme! ¡No me moveré del lado de Dorothy! De todas formas, bien venido.

Tendió su diestra a Plummer que, desconcertado, no la estrechó.

—¿Cómo está ella?

—Aterrorizada. El prematuro traslado le produjo una hemorragia que, por fortuna, pude cortar. Se durmió hace unas horas y su pulso es normal.

El semblante del médico reflejaba honda preocupación.

—No parece decirlo con gozo.

—Debí dejarla que muriera.

Harry sintió deseos de golpear a Sanderson. Se contuvo con un formidable esfuerzo.

—¿Por qué?

—Su fin ha de ser el mismo.

—¿Piensa matarla usted?

William Sanderson no respondió. Sus labios parecieron dilatarse en un gesto de burla y amargura.

—¿Me da un cigarrillo, Plummer? Guarde esa arma. Ni me asusta ni es necesaria. Desde que tuvo la malhadada ocurrencia de llevar a mi domicilio a Dorothy me han ocurrido tantas cosas que soy insensible al dolor. Gracias. ¿Cómo ha entrado?

—Eso no importa.

Harry ofreció lumbre al doctor, mirándole de soslayo. ¿Qué misterio encerraban sus palabras?

Acercóse a la cabecera de la cama. La muchacha dormía sosegadamente.

—¿Por qué lo hizo, Sanderson?

El aludido sonrió con sarcasmo.

—¿El qué? Le supuse de más elevada mentalidad que Alexander Dixon. Mi enemigo es astuto, diabólico. Ignoro la razón por la que quiere arruinar mi vida. ¡Soy la primera víctima de esta increíble intriga! Una mano desconocida me mueve a su antojo. ¿Me supone culpable, Plummer?

—He comenzado a dudarlo hace unos minutos, al ver la placa de la calle.

—¿Qué placa?

—Una en la que figura su nombre como director del sanatorio en el que nos hallamos. Siempre he sostenido su inocencia. ¿Qué tiene que decirme?

—¡Es otra falsedad! Me da igual demostrar o no mi inocencia. Sé que me espera la muerte, a no ser que usted me salve junto con Dorothy. No mentí a los del Yard. Cuando nos atacaron yo fui de los

primeros en caer, perdiendo el sentido. Me trajeron a esta alcoba y, días después, unos individuos mal encarados, entraban a Dorothy. Me ofrecieron unas gafas de luz negra. Comenzaba a adivinar la verdad y me negué a tomarlas. Alguien acumulaba pruebas contra mí. Me amenazaron. No tuve tiempo de reaccionar. Los labios de la muchacha se cubrieron de sangre. Pedí unos específicos. «Se los traeremos, me dijeron, si nos obedece». Puse mis dedos donde me indicaron y segundos más tarde me esforzaba en cortar la hemorragia. Lo que resta de la historia se lo dirá Dorothy.

Tocó a la joven en un brazo, despertándola. Plummer quiso impedirlo, pero ya era tarde. La muchacha le miraba con extrañeza.

—¿Quién es este hombre, señor Sanderson? ¿Nuestro verdugo?

—Un amigo que intenta libranos de la muerte. ¿Cuáles son sus planes, Harry?

—Dejar que pase el tiempo. Son las tres menos veinte de la madrugada. A las tres en punto, la Metropolitana, que cerca el edificio, se lanzará al asalto, si antes no doy la alarma con un disparo. Esperemos. Supongo que no nos molestarán. ¿Ya no acusa de criminal al médico?

Como la interpelada vacilara, William la animó:

—Hable sin miedo. Este señor la recogió herida, conduciéndola a mi casa.

—Gracias. Han sido ustedes muy buenos conmigo. La historia se remontó al convenio de la Sociedad de las Naciones de 1928, en el que todos los países acordaron combatir el tráfico ilícito de estupefacientes, ya tratado en la convención de La Haya de 1912. Un hermano de mi padre había muerto embrutecido por el opio. Desde entonces le apasionaron las drogas. Con la invasión de Manchuria por los japoneses el mundo conoció una triste verdad: el Japón era el instigador de un contrabando que arruinaba a la juventud china y a la de otros muchos pueblos. En Inglaterra comenzaron a darse casos. Papá desde la muerte de su hermano que falleció loco en circunstancias horribles, había realizado numerosas investigaciones, no solo en el orden químico, tal era su profesión, sino en el social e, incluso, en el delictivo. Mi nacimiento costó la vida a mi madre. Cursé la carrera de Filosofía y Letras y vi publicadas con gozo algunas novelas, para las que adopté un seudónimo francés. No tuvieron buena acogida en Inglaterra. Una

noche, papá me habló de lo que le obsesionaba, de sus estudios sobre las drogas y, mostrándome varias carpetas repletas de documentos, me dijo que allí había datos suficientes para publicar un libro que iba a conmover al mundo. Me confesó que aún le faltaban detalles sobre psicología de opiómanos y estadísticas. Alabó mi facilidad para redactar, pidiéndome que comenzara la obra. Aquella noche la pasé en vela, estudiando lo conseguido por mi padre. ¡Era algo sensacional! Puse manos a la obra mientras él se afanaba en completar sus investigaciones.

Dorothy Toombs hizo una pausa. Tomó de la mesilla un vaso de agua, mojándose los labios.

—Una noche llegó radiante a casa. Me anunció que sus experiencias tocaban a su fin y que se proponía conversar con varios psiquiatras para aclarar dudas. Lo hizo. A partir de entonces comenzó nuestro calvario. Primero fue un aviso telefónico. Nos ofrecieron dos mil libras por la venta de los informes obtenidos en torno a las drogas. Diariamente aumentaban en mil libras la cantidad, que llegué a sumar la cifra fue de veinte mil. Todo en vano. Aquella obra era el resultado de años de investigaciones. Papá prometió ante el cadáver de su hermano desenmascarar a los que toleran o se enriquecen en el tráfico de estupefacientes, así como aterrorizar con relatos exactos a los apenas iniciados en el vicio. Nos manteníamos de la reducida renta de unas acciones mineras. Ante las rotundas negativas, nuestro ignorado enemigo comenzó a amenazarnos de muerte. Nos dijo su nombre: William Sanderson.

—¿Por qué no avisaron a la policía?

—Tal era mi criterio. Papá se opuso temeroso de que las esferas oficiales prohibiesen la publicación de su libro, redactado ya casi por completo. Me dijo, además, que para introducirse en los bajos fondos se había convertido en un vendedor de opio. Tuvimos una discusión violenta, que se repitió en varias ocasiones. Comenzó a beber, quizá para disimular el miedo. Una mañana el correo nos trajo la fotografía de nuestro enemigo. Al pie, en letras recortadas de periódicos, se leía: «Veinte mil libras o la muerte. El fin se acerca». Quise ir al Yard y mi padre me lo prohibió. Rompió el retrato, quemando sus trozos. Otras dos fotos, recibidas en días sucesivos, corrieron idéntica suerte. Hasta que una noche…

Dorothy Toombs cerró los ojos, cual si quisiera alejar de su

mente el recuerdo que la torturaba. El psiquiatra la tomó una mano para infundirle valor. Plummer comenzaba a adivinar una monstruosa verdad.

—Continúe, señorita. Se lo ruego.

La muchacha, confortada por la sonrisa de Sanderson y el afecto de Harry, prosiguió:

—Mientras escribía creí sentir que alguien hurgaba en la puerta. Papá, a mi lado, muy pálido, me miró. Me encaminé al pasillo y un hombre, al que no pude ver el rostro, me golpeó ferozmente en el pecho, derribándome. Oí una frase que jamás olvidaré:

—«Soy William Sanderson y vengo a matarte».

—Me arrastré hasta la puerta y, ya en pie, corrí a la calle en busca de un «policeman».

—¿Por qué no gritó en demanda de auxilio? —inquirió Plummer.

—No era capaz de articular palabra. Obsesionada por avisar a la policía para que nos protegiera, mi impulso me guio a lo que tanto había deseado A unos metros de nuestro domicilio hay un puesto de agentes de tráfico. Me extravié en la niebla. Avanzaba como una automática, perdida el habla por el terror. No sé definir mi estado anormal. De pronto alguien me sujetó por los hombros y una vaharada de alcohol me volvió a la realidad.

—«¿Dónde vas paloma? ¡Dame el bolso!» Es maravilloso cómo en los momentos más emocionales se graban los menores detalles. Aquel individuo hablaba con marcado matiz americano. Me resistí, impulsada por el instinto y, al fin, pude lanzar un grito de terror. Una de las manos que aferraban mis muñecas alzóse en el aire y sentí en el pecho una sensación de frialdad primero, de fuego después. Ya no se más. Al recobrar el sentido vi el odiado rostro del asesino de mi padre. Creo que gritó su nombre.

—En efecto. Fue usted víctima de un hábil proceso psicológico. El Destino quiso que la condujera al domicilio del que creía su verdugo. Sus enemigos la raptaron para que no contase esta historia a la policía. ¿Por qué no la mataron, permitiéndola que la volviera a asistir Sanderson? He ahí algo que solo podrá decírnoslo el culpable. ¿Le ha visto, doctor?

—No sé quién es. Nos sirven americanos de aspecto patibulario.

—¿No es el sanatorio de su propiedad?

—No he prosperado tanto. ¿Qué minutos faltan?

—Siete.

—¡Me temo que tendrá que precipitar los acontecimientos! ¡Se acercan! ¡Escóndase ahí! Si vienen a matarnos procuraré entretenerlos.

Plummer obedeció refugiándose tras una cortina que a falta de puerta, separaba el dormitorio del cuarto de aseo. Tensos los nervios oyó girar la cerradura y una exclamación de asombro proferida por William:

—¡Tú!… Debí imaginarlo. Siempre me envidiaste.

—No adoptes actitudes dramáticas —repuso una voz conocida de Harry—. La pistola que empuño va provista de silenciador. Al menor movimiento dispararé. Vengo a asesinarte. ¿Sabes para qué?

—No.

—Tu cadáver aparecerá junto al Támesis. Tu diestra empuñará esta arma. Lo preparé todo para que parezca un suicidio. La versión de la policía, que no duda de tu culpabilidad, será la de que, abrumado por los remordimientos, has puesto fin a tu vida. El caso quedará zanjado. En cuanto a usted, señorita, se reunirá con su padre. Quemaré su cadáver para que no se encuentre de él ni rastro.

—¡Canalla! —exclamó Dorothy.

—Son inútiles los insultos. Antes de morir, Sanderson, quiero que sepas de qué medios me he valido para perderte. No voy a referirme a lo que ya te habrá referido Dorothy. Mi propósito era el de conducirla a mi clínica y, en presencia de varios ayudantes, amigos de los dos, preguntarle su historia, afirmando haberla encontrado en las inmediaciones de mi domicilio. Al entrar en su casa creí haberla dejado sin sentido. Fue un lamentable descuido. La habría interrogado luego de inyectarle una fuerte dosis de morfina. Apenas pronunciara tu nombre ante testigos, con el pretexto de dejarla descansar, hubiésemos salido de la estancia. Hay venenos que no dejan rastro. Pensaba utilizar uno antes de que llegaran los miembros del Yard, avisados por mí. No bastaba la acusación. Sabía que pasabas la mayor parte de la jornada en tu despacho, preparando la conferencia que yo deseaba dar. Di órdenes a mis cómplices. De tu traje gris arrancaron un botón colocándolo en la escalera de incendios que utilizaron para descender. La subida no fue difícil. Una cuerda con un gancho bastó. Me hice ropa como la

tuya, aprovechando nuestro parecido físico. Tenía la certeza de que la portera, que, sin verme la cara, me sorprendió al marchar, iba a identificarte. Pensaba detenerme de espaldas a su cuchitril de la planta baja para encender un cigarrillo. Me lo evitó. Marché en la creencia de que Dorothy acababa de abandonar la casa y no me sería difícil hallarla. No la encontré. Aun sabiendo lo que me jugaba volví al piso y quemé los documentos comprometedores.

Plummer, desde su escondite, vio aclarado un punto obscuro del relato de la portera en su visita al domicilio de Richard Toombs. La mujer aseguraba haber visto al individuo despedirse y cerrar la puerta. ¿Cómo la encontró después entornada? ¡El asesino había vuelto a seguir su trabajo, interrumpido por la huida de la muchacha! Prestó de nuevo atención:

—La niebla me ayudó. Aun cuando la hija del hombre al que acababa de matar hubiera encontrado un policía, cosa difícil debido a la falta de visibilidad, esperaba disponer de tiempo para borrar mis huellas. La fuga de la joven estropeaba mis planes. Sin embargo, no era así. La suerte iba a ayudarme. Uno de mis cómplices, Fred Dermont, que te vigiaba, había oído hablar de Piccadilly Circus y de las mujeres de dudosa conducta que por él merodean. Quiso apoderarse del dinero de una. Su razonamiento fue lógico. Ninguna mujer decente va sola por aquel lugar en plena niebla. Apuñaló a Dorothy, huyendo al sentir pasos. La condujeron a tu casa. No previne semejante posibilidad. El azar tiene raros caprichos. Todos mis hombres llevaban cuchillos con las iniciales «W. S.».. Tuve que raptarla para que no declarase. ¿Satisfecho de mis explicaciones?

—No —repuso Sanderson serenamente—. ¿Cómo supisteis que acompañaba a los del Yard al domicilio de Richard Toombs?

—En tu despacho había un micrófono oculto tras un cuadro. Mediante él he sabido todos tus planes. Uno de mis cómplices ocupa, desde hace meses, una vivienda inmediata. Ideé el rapto de forma que pareciera una fuga. Era la prueba definitiva.

William, deseoso de ganar minutos, inquirió de nuevo:

—¿Qué te hicieron los Toombs?

—Ellos podían arruinarme si publicaban el libro sobre drogas. Richard se infiltró en mi organización. Conocía este lugar y a muchos de mis clientes. Era un individuo peligroso. Intenté

sobornarle en vano mediante avisos telefónicos. Al llegar a la conclusión de que era irremediable su muerte, pensé en ti, el hombre que me robaba fama y fortuna.

—¡Estás loco! —fue la respuesta de Sanderson—. ¿Por qué no mataste a Dorothy? No comprendo la razón por la que la pusiste bajo mis cuidados.

—Necesitaba que nadie dudase de tu culpabilidad. Eres un ser afectivo, generoso, bueno, lo que yo siempre he odiado. Por salvarla serías capaz de imprimir tus huellas donde te dijera. No me equivoqué al juzgarte. Las gafas de luz negra han debido inclinar más el ánimo de los del Yard. Pensaba abandonarlas junto a un cadáver. Mañana salgo de Londres, rumbo a los Estados Unidos. No me eligieron para pronunciar tu conferencia. Harry Plummer me obliga a marcharme. Él vale más que toda la policía. He averiguado que han detenido a tres de mis hombres. Ninguno sabe mi identidad pues utilizaba siempre la luz negra. Agrupé en torno mío a esos americanos, pero me vi obligado a dejarles libres cuando no les necesitaba. Ellos, independientemente, planearon el robo del *Bank of England*. Eran muy ambiciosos. Me resultaba difícil dominarles, en especial a su jefe, Bernard «El cojo». La placa de este edificio contribuirá a alejar de mí sospechas. Lo alquiló el «boss» al que me he referido. Espero triunfar en América.

—No lo conseguirás —afirmó William—. He tratado a muchos enfermos mentales. ¡Tú eres uno de ellos! Has comenzado a matar y no podrás resistir la tentación de hacerlo una y otra vez. Te brillan los ojos, en pleno ataque de locura. Avísame antes de disparar. Quiero pedir a Dios por tu alma.

—Caerás ahora mismo.

Por el tono con que fue pronunciada la frase, Harry Plummer comprendió que de no actuar rápidamente sus amigos, estaban perdidos. Salió del cuarto de aseo a tiempo de ver cómo el dedo índice del asesino se curvaba en el gatillo. Gritó, para distraerle:

—¡Quieto!

Hizo fuego por tres veces y los proyectiles se clavaron en el cuerpo del culpable, que giró al caer, permitiendo a Harry reconocerle:

—¡¡Kingsbury Devoe, el vicepresidente del club de Vincent Square!! Era el menos fanático en su defensa, Sanderson. Por eso no

sospeché de él.

En el exterior sonaron silbatos de órdenes. Plummer, cerrando la puerta de la estancia, dijo:

—Aguardemos a que entren el inspector y el comisario. No tenga miedo, señorita. Nada le ocurrirá.

—Gracias a usted.

Las miradas de los dos jóvenes se cruzaron en un mudo mensaje de simpatía.

CAPÍTULO XII

Un mes más tarde en la habitación que Irving ocupaba en el hospital de Santo Tomás, el inspector «júnior» charlaba animadamente con Dorothy y Harry cuando entró Alexander Dixon.

—¿Estorbo?

—Al contrario —repuso Reid—. A Plummer y a mí se nos han acabado los cigarrillos. Llega muy oportunamente.

—¿Nada más que por el tabaco?

—Era una broma. Siéntese. Trae cara de buenas noticias. Suéltelas. Lo está deseando.

—El comisario Ravenal ha obtenido para Harry un buen empleo: el de inspector en la Academia de Policía, título que hasta ahora desempeñaba uno del Yard. Yo, por mi parte le traigo esto.

Mostró una ficha policial, que rasgó en menudos fragmentos. Harry le preguntó, esforzándose en dominar su emoción:

—¿No le degradarán sus jefes?

—Ya no pueden hacerlo más. Sé que usted ha intercedido cerca de Sanderson para que retinara la querella entablada por sus amigos contra mí. Confío en su futuro de ciudadano útil y, ¡por qué no! de padre de familia.

Dorothy Toombs ruborizóse intensamente, mientras por sus mejillas resbalaban lágrimas de ternura…

FIN

[1] **El doctor William Palmer fue acusado el 4 de mayo de 1856 del asesinato de dieciséis personas. Fue un proceso que conmovió a Inglaterra.**

[2] **En el «argot» del hampa, ametralladora «Thompson».**